

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XIX

San José, Costa Rica

1929

Sábado 17 de Agosto

Núm. 7

SUMARIO

La personalidad de Asquith.....	J. M. Keines	Fragmento.....	Frco. García Calderón
Vosotros, que vais por el camino.....	Herminia Toscana	Algunos juicios sobre <i>El sentido trágico del Quijote</i> ...	Varios
La lección de Méjico.....	Luis de Zulueta	Fragmento.....	Bertrand Russell
Individualismo suicida.....	Manuel Ugarte	Contra los aparatos de esclavitud.....	Juan del Camino
Políticos y politicistas.....	Pedro Blanco Soto	Poesías.....	Fabio Fiallo
Un milagro del dolor.....	Esmeralda Colombiana	<i>La canción de una vida</i>	Martha María Lamarche
Dos comedias dramáticas.....	Justo A. Facio	Tablero (1929).....	
<i>La Epopeya de la Cruz</i>	R. Brenes Mesén	El precio de la vida humana.....	Amanda Labarca
Impresión y recuerdos.....	Enrique José Varona		

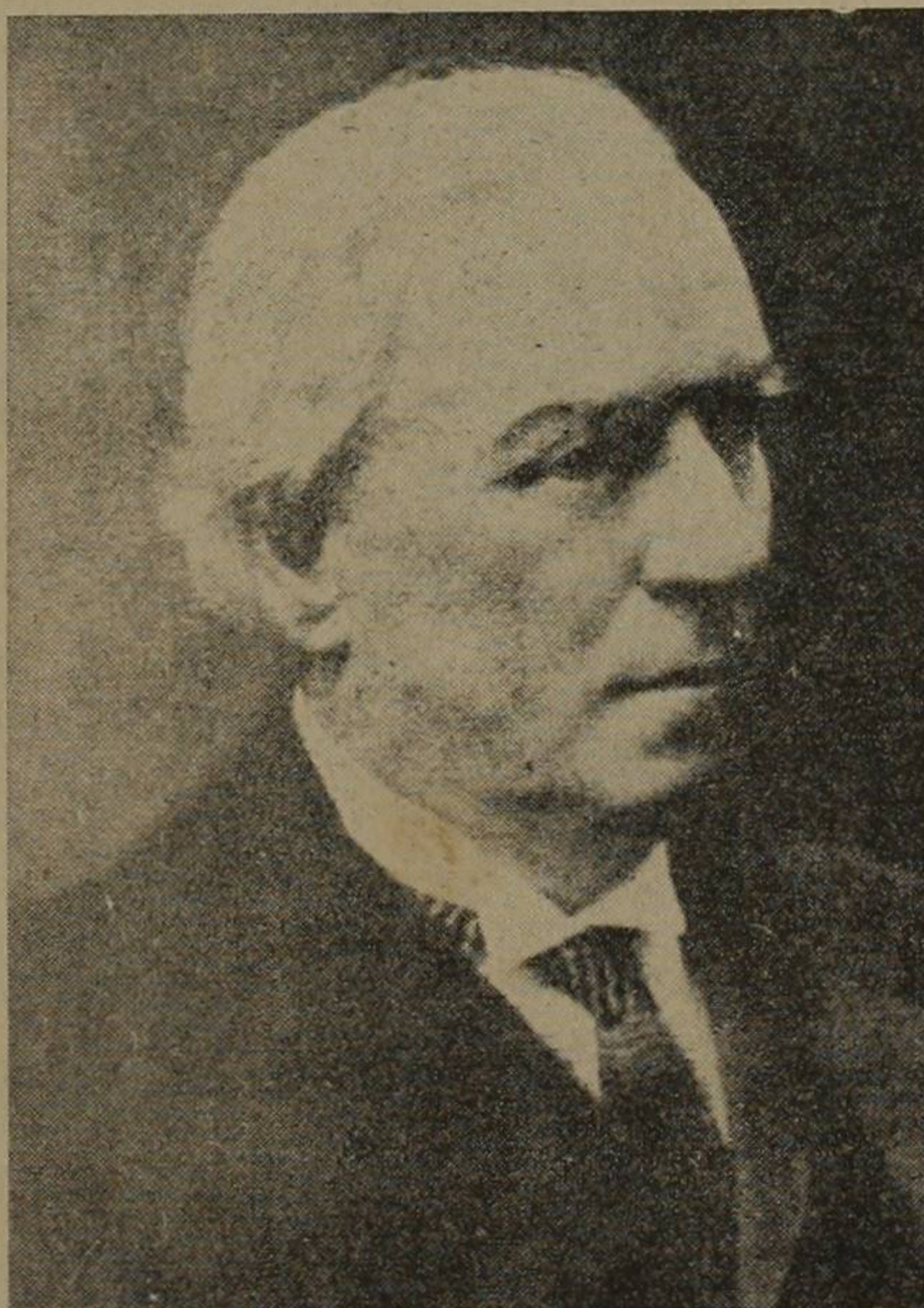
PARA los que hayan conocido a lord Oxford solamente en la última parte de su vida tiene que haber sido muy difícil apreciar en él la presencia y la reputación que, según es fama, tuvo hace ya unos treinta años. Se reconocían entonces su gran capacidad y su prudencia; pero cierta rigidez en su semblante y la frialdad en el carácter que se atribuía al activo abogado, procedente de Balliol, se transformaron con el tiempo, hasta resultar, en los años de la guerra y subsiguientes, el varón de noble aspecto, de antiguo romano, que desempeñó el cargo de primer ministro como ningún otro desde los tiempos de Mr. Gladstone. Bien se percibía en estos últimos tiempos, que su sólido continente y su apariencia de respetable vigor no encubrían frialdad ni egoísmo, sino que revestían de modo adecuado un corazón tierno, fácilmente accesible a la emoción, y una prudencia personal que no pretendía ni reclamaba nada para él.

Lord Oxford poseía casi todas las dotes necesarias a un gran hombre de Estado, excepto la rudeza hacia los demás y la insensibilidad para sí mismo. Maravilla que en las condiciones de estos tiempos modernos un hombre tan sensitivo como él haya podido tener resistencia suficiente para exponerse a los embates de la vida pública. Lord Oxford protegió su sensibilidad con el silencio, absteniéndose totalmente de la réplica y de la queja. Rechazó en absoluto la ayuda o la connivencia de la prensa venal. Rector de la nación o jefe de partido, se apresuraba a proteger a un amigo o a un sirviente; pero desdeñaba el protegerse a sí mismo, hasta en grado casi incompatible con las condiciones de la vida contemporánea. Y, probablemente, esta norma de conducta, esta fase de su carácter, acentuándose con los años, le dieron el aspecto de dignidad, el aire de calma y de dulzura, de gentil descuido en la apariencia, que, los que le hayan conocido después de haber dejado definitivamente su puesto en la política activa, conservarán en la memoria como rasgos carac-

UNA FIGURA HISTÓRICA

La personalidad de Asquith

= De *El Sol*, Madrid =



Mr. Asquith
(Lord Oxford)

terísticos y predominantes de tan ilustre ciudadano.

Es natural referirse ahora a las cualidades que le hicieron más amable y atractivo y señalar también aquéllas que los acontecimientos y las circunstancias hicieron resaltar más en la postrera parte de su vida, en el período transcurrido desde que cesó de ser primer ministro en los últimos doce años, durante los cuales poco o nada contribuyó con sus servicios al Estado, pero sí grandemente a ampliar los acontecimientos humanos y a que el mundo apreciase el valor de su propia personalidad. El poder de su inteligencia y su inmensa actividad fueron, naturalmente, las fuerzas que le llevaron a los más altos puestos del Estado. El intelecto de lord Oxford, combinado con su lucidez, su extraordinaria perspicacia,

su agudo sentido crítico, y ayudado por una extensa y fidelísima memoria, buen gusto y amplio espíritu, libre de prejuicios y de ilusiones, se hallaba, en cambio, falto de originalidad y de facultad creadora; y no estoy seguro de si esta falta de originalidad fué precisamente una de las circunstancias necesarias para formar el carácter especial a que lord Oxford debió sus triunfos. Su mente estaba dispuesta para ocuparse en hechos positivos presentados por el mundo exterior; era una máquina, no una mina o una campaña primaveral. Pero esta deficiencia daba justamente fuerza a sus juicios, a sus razonamientos. Lord Oxford no tuvo fantasías intelectuales que le arrastrasen fuera de la realidad, ni globos contruídos por su propia imaginación que le hiciesen perder pie sobre terreno firme. Su cometido era oír y juzgar. Los cargos que ocupó (ministro del Interior, ministro de Hacienda y primer ministro) son de tal condición, que están desempeñados mejor, no por personas ingeniosas que inventen o creen, sino por hombres serenos y prudentes, que oigan y resuelvan. En esta capacidad no ha habido seguramente en todo el siglo quien se le haya igualado. Pocas palabras y poco tiempo le bastaban para hacerse inmediatamente cargo del significado de lo que se le decía, y en seguida aplicaba al asunto su saber y su experiencia, libre de todo prejuicio.

Su temperamento era naturalmente conservador. Con un poco de estupidez y algunos prejuicios hubiera sido también conservador en sentido político. Pero, tal como era, vino a actuar como el ciudadano liberal, perfectamente adecuado para poner en ejecución aquellos proyectos radicales de su generación, bien juzgados por la opinión. Echando una ojeada retrospectiva a la legislación liberal ocho años anterior a la guerra, es notable observar cuán abundante fué, y, sin embargo, qué bien elegida, y cómo resistió por completo la prueba de los acontecimientos. A lord Oxford debemos, no la invención de parte alguna de tal programa, pero sí lo sabio de la elección y de la ejecución. Respecto a la con-

troveria que se suscitó acerca del modo de llevar la guerra, y que culminó en la caída del primer Gobierno de coalición al fin del año 1916, creí entonces, y sigo creyendo ahora, que la razón, en mucha parte, estaba del lado de lord Oxford.

Pocos hombres han podido efectuar en su vida tan enérgica labor. Pero trabajó con gran economía de esfuerzo, que es como un primer ministro tiene que laborar si ha de sobrevivir. Se entendía con lo impreso y con lo manuscrito con la rapidez de un estudiante; pero nunca se sometió a la moderna calamidad de la taquigrafía, ni a la verbosidad que ésta engendra. Lord Oxford perteneció a ese linaje de grandes hombres, que ojalá no desaparezca nunca, capaces de tomar la pluma y consignar cuanto es necesario en breves notas escritas de su puño y letra. El defecto de lord Oxford respecto a su trabajo consistió, quizá, en su manifiesta inclinación a distraer su atención sobre tal trabajo cuando dejaba de ocuparse de éste, a no tenerlo presente, en su mente y en su lengua, en cuanto terminaba la tarea oficial del día. Ciertamente, esto fué algunas veces origen de vigor, de fuerzas en reserva; pero, en otras ocasiones, causa de debilidad. Además, su carácter reservado, que hacía difícil insinuarse con él en asuntos delicados —condición que, en parte, es necesaria a todo prominente hombre de Estado para mantener a raya al impertinente, pero que él utilizaba hasta en grado excesivo—, era motivo de aislamiento, pues, cortándole comunicaciones, le impedía tener conocimiento pleno de lo que se estaba fraguando en el horno político. Al mismo tiempo esta disposición mental facilitaba, en caso necesario, una salida, una evasión, especialmente en cuestiones personales. La disciplina y la rígida severidad, tanto con los amigos leales como con los rivales poco fieles, cosas que la dirección de un ministerio hace necesarias, le eran extraordinariamente desagradables.

Lord Oxford, por consiguiente, se sentía en la plenitud de sus facultades y en el goce de su labor cuando se ventilaban grandes cuestiones completamente políticas y sin carácter alguno personal; cuando tenía tras de sí una cohorte de partidarios y de lugartenientes, muchos por el afecto y los propósitos, aunque variasen en el grado de su acometividad o de ardimiento. En tales ocasiones era capaz de utilizar y de encaminar por las vías de la sabiduría y la prudencia todo elemento de valor en su gran partido político. La lucha por el librecambio, la lucha por la ley Parlamentaria, el año primero de la guerra, ofrecieron oportunidades de esta clase, en las que Mr. Asquith pudo actuar como verdadero jefe, con el pleno vigor de la inteligencia y toda la compostura de su espíritu.

Debe hacerse constar, respecto a lord Oxford, que amaba cuanto a la Universidad se refiere, sus procedimientos, sus problemas, sus aspiraciones. Hubiera manejado los libros de una biblioteca con verdadero amor. Las cuestiones clásicas

y literarias, las aptitudes por las que conquistó el primer peldaño de la escalera, no fueron abandonadas por él cuando dejaron de serle útiles. Creo que le agradaban todas estas cosas, así como las grandes controversias constitucionales y políticas, precisamente porque no estaban muy mezcladas con el barro de las cuestiones personales.

Los que han conocido a lord Oxford personalmente no pueden pensar en él sino recordándole en la atmósfera y en el ambiente, único en su género, formado por su esposa y amante familia. Él constituía el corazón, el centro, robusto y potente, alrededor del cual giraba aquel

J. M. Keines

"Vosotros, que vais por el camino..."

Para Rep. Am.

...Estoy sentada al borde de un sendero inmenso, infinito... Un sendero ancho y luminoso, pero en el rincón mío no brilla el sol ni se abren las flores.

—¿Qué llevas en tu falda, hermosa joven que corriendo pasas por mi lado?

—Llevo rosas frescas como el surtidor de la fuente y blancas como mi inocencia.

—¡Feliz, feliz de ti que conoces el perfume y la frescura de tus rosas!

En mi jardín no se abren los pimpollos de las flores... En mi jardín se secan las hojas de las plantas...

En vano las he regado con las lágrimas de mis ojos y en vano las he bendecido con las sonrisas de mis labios... En vano, sí, porque los pimpollos de mis flores se secan sin abrirse... ¡Y yo no sabré nunca de qué color eran las flores mías!...

Las hojas de mis plantas se van secando hora por hora... ¡Y yo no tengo más lágrimas para regarlas!

—¿Qué llevas, dime, qué llevas en tus manos, hermoso niño que pasas sin mirarme?

—Llevo, mira, una mariposa blanca con alas de oro.

—¡Feliz, feliz de ti!

En mi jardín no vuelan las mariposas. Porque mi jardín es frío, es oscuro, y es el sol el que las trae, ¿verdad?, el sol con sus rayitos de fuego... ¡Y el sol no sabe en cuál rincón del Sendero infinito está mi jardín!

—Viejecita blanca que pasas y me miras con bondad, ¿qué llevas en tu blanco delantal?

—Llevo, hija mía, los pétalos, ya secos, de mis jazmines... Todavía tienen perfume para mí.

—¡Feliz, feliz de ti que viste florecer tus jazmines! Y puedes ahora tejer alfombras con sus pétalos amarillentos...

Yo tenía un jazmín, ¿sabes?, un jazmín pequeño y blanco como una gotita de leche... Pero cuando quise cortarlo se me deshojó entre las manos... y el viento se llevó sus cinco pétalos por el Sendero infinito... Y nunca más los ví.

Oh vosotros, los que pasáis corriendo con claveles y nardos en los cabellos y entre las manos...

círculo brillante, el núcleo de un mundo alegre y luminoso sobre toda ponderación, muestra de la más amplia y al mismo tiempo más sencilla hospitalidad de la Inglaterra moderna. Al lado de su esposa, anfitrión incomparable, con la abundancia y generosidad por norma, y revoloteando en torno suyo el grupo familiar más regocijado y bullicioso que puede imaginarse, lord Oxford se deleitaba en aparecer el más apacible y tranquilo en medio de tanta luz y alegría, descansando y gozando en aquel mar de razón y sinrazón, de discreción y travesura, formando un cuadro interesante de raros y bellísimos contrastes.

.... Vosotros, los que vais caminando con la falda cargada de lirios y azucenas...

Vosotros, los que marcháis lentamente con el blanco cabello ornado de rosas pálidas y camelias sin perfume... ¡Miradme...!

Deteneos un instante ante mi puerta y mirad. Mirad cómo se secan las hojas en mis ramas amarillas y sin fuerza! ¡Mirad, no tengo tiempo de barrer las hojas caídas, que ya una nueva alfombra teje el viento a mis pies...!

Mirad, estas manos mías pálidas y frías no cortaron una flor ¡ni una!, y vosotros lleváis tantas, tantas, que no os detenéis a recoger las que van cayendo por el camino...

¿Veis?... Mis ojos no saben cómo son las alas de una mariposa... y vosotros vais por el Sendero infinito en una nube de oro que brilla al sol! Porque yo sé que las mariposas llevan oro sobre sus alas, lo sé porque un niño me lo ha dicho al pasar por mi lado...

¡Ah! El sol se ha olvidado de mí, y es el sol el que las trae con sus rayitos de fuego ¿verdad?

Vosotros lo sabéis, vosotros los que vais por el camino ancho, claro y brillante... Pero yo, yo, que estoy sentada al borde de aquel camino porque no tengo flores con qué adornarme el cabello y el pecho... Yo, que riego mis plantas con llanto para que no se sequen y las veo secarse lo mismo... Yo, que voy recogiendo hojas amarillas en lugar de pétalos perfumados... Yo no sé nada... ¡nada!

Yo no sé el encanto de caminar por un sendero blanco y suave que no lastima los pies...

Yo no sé la alegría de correr con el vestido lleno de rosas y el corazón lleno de luz...

No sé y no sabré nunca cómo se duerme sobre la alfombra de madreselvas que la vida extiende al final de nuestro camino...

Nada, nada sé...

Porque en mi jardín, situado en un rincón perdido de un camino ancho, claro, luminoso, no brilla el sol, ni se abren las flores...

Ni vuelan las mariposas de oro...

Herminia Toscana

Firenze, Febrero, 1929.

MIENTRAS Hernán Cortés, con la espada en la mano, conquistaba Mejiro, arribó a las costas de la Veracruz, una mañana primaveral, fray Toribio Paredes, natural de Benavente, con once franciscanos más, discípulos fervientes del Pobrecillo de Asís.

Sin armas ni riquezas, a pie y descalzos, emprendieron la subida hacia la capital. ¡Maravillosa ascensión! Se halla la ciudad de Mejiro a 2.300 metros de altura sobre el nivel del mar. Hoy, la subida se realiza en doce horas de confortable ferrocarril, y el viajero no cesa de admirar los espléndidos paisajes. Primero, «la tierra caliente», con su vegetación prodigiosa y sus gigantescos árboles tropicales, entre cuyas ramas a veces las plantas trepadoras tejen guirnalda de flores... Luego, las altas cumbres, con sus inmensos panoramas, y al cabo, el valle lacustre, dominado por las cimas de los extintos volcanes, cubiertos de nieves perpetuas...

Pero los doce misioneros iban haciendo trabajosamente ese camino, cruzando las selvas o parando en los poblados donde convivían fraternalmente con los indios, quienes se pasmaban de verlos en tanta penuria y con tan míseros salarios.

¡Motolinía!... ¡Motolinía!..., exclamaban en su lengua. Por fin, fray Toribio entendió que ese vocablo quería decir *pobre* y expresaba la sorpresa de los indios ante la santa indigencia de aquellos hijos de San Francisco. Creyó ver una advertencia celeste en aquella primera palabra que aprendiera, y la adoptó con su nuevo nombre, dejando para siempre de llamarse Toribio de Benavente para ser ya, hasta el día de su muerte, fray Toribio de Motolinía.

Permaneció fiel a este apellido. Protegió tanto a los míseros indios, que irritó más de una vez a los conquistadores españoles. Defendió al desamparado frente al opulento, y a la justicia frente a los abusos del Poder. Le ofrecieron un obispado y renunció a la mitra. «Convenía mucho—escribió por entonces—que los obispos de la Nueva España fueran obispos como en la primitiva Iglesia: pobres y humildes; que no buscaran rentas, sino ánimas...»

Murió Motolinía el último de los doce, dejando su cuerpo a aquella misma tierra mejicana a la que había consagrado su espíritu.

«Cuanto le daban—dice de él Bernal Díaz del Castillo, testigo presencial—, por Dios lo daba a los indios, y se quedaba algunas veces sin comer, y traía unos hábitos muy rotos y andaba descalzo, y siempre les predicaba, y los indios le querían mucho porque era una santa persona.»

Al cabo, los hombres de Iglesia también son hombres. Pasaron los años y los siglos, y la actuación de las fuerzas clericales en Mejiro no siempre respondió a aquel evangélico idealismo de Toribio de Motolinía.

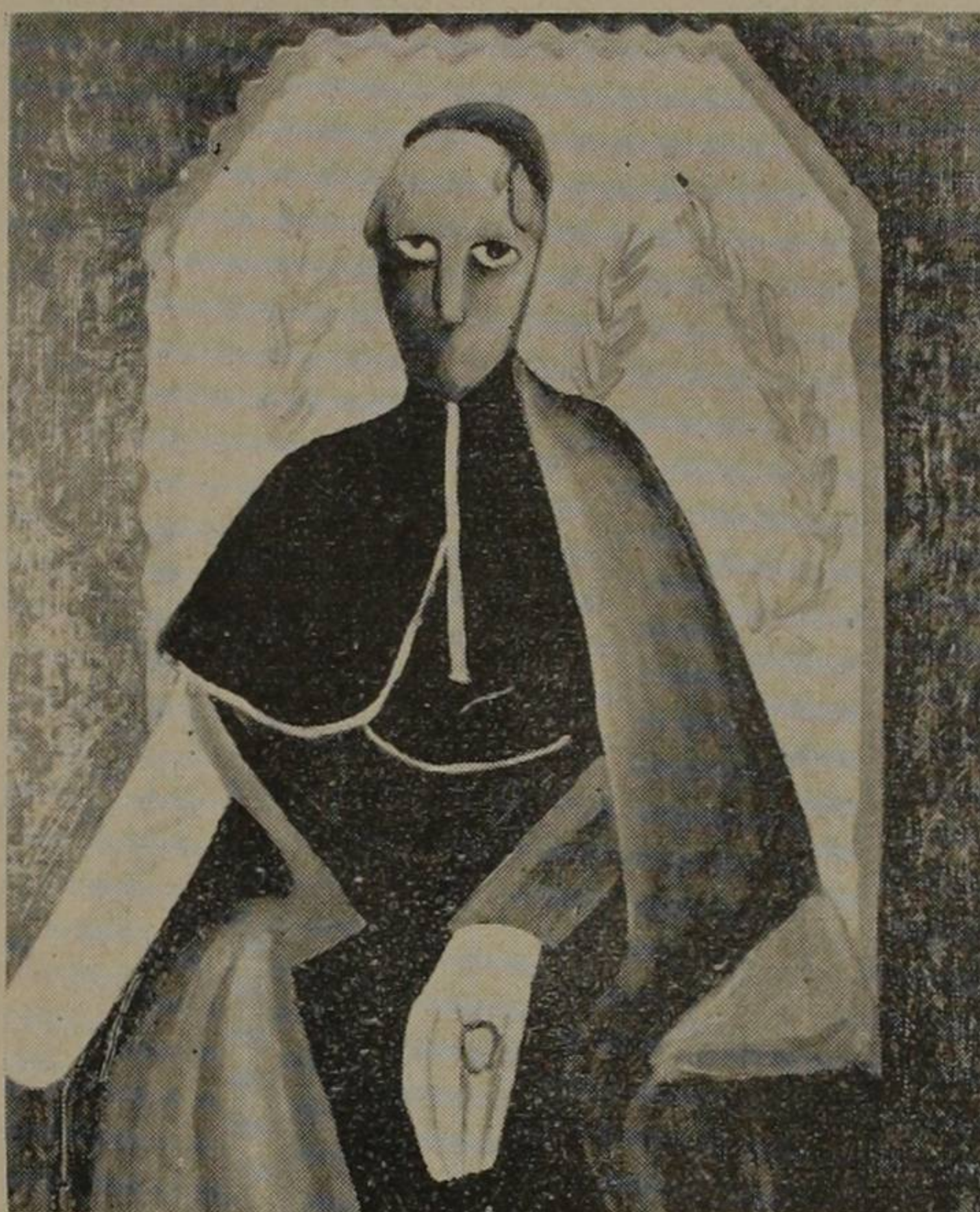
Cuando el gran Humboldt, a principios del siglo XIX, recorrió la Nueva España, asustóse de «la espantosa desigualdad» con que allí estaban distribuidas las riquezas. Le escandalizó sobre todo esa desigualdad en el clero. Varios obispos de Méjico percibían más de cien mil pesos anuales cada uno. «Hay eclesiásticos aquí—escribió Humboldt—cuyas rentas son superiores a las de muchos soberanos de Alemania».

Paralelo al apetito de posesión suele desarrollarse también en el clericalismo, con per-

Por la paz religiosa

La lección de Méjico

=De El Sol. Madrid.=



Por Doreen Vanston.

juicio para la sagrada misión de la Iglesia y quebranto para la vida del Estado, el apetito de dominio. La religión entonces se confunde indebidamente con la política. Profánase la espiritualidad de la Iglesia, pretendiendo convertirla en una aliada de los partidos reaccionarios o en una fuerza utilizable por las derechas conservadoras.

Tal fué el caso de Mejiro. El clericalismo se opuso a los avances democráticos. Combatió los ideales de la revolución. En 1859, Juárez, en su famoso decreto de nacionalización de los bienes eclesiásticos, dictado bajo el lema de «Dios y Libertad», afirma que año tras año ha sido el clericalismo el fermento de todas las rebeldías reaccionarias. En cambio, esos mismos elementos clericales no tardaron en acomodarse después, ventajosamente, a la dictadura de Porfirio Díaz. Caído éste, los constituyentes de 1916, en su célebre manifiesto, denuncian de nuevo la oposición clerical, que no cesa de propugnar por el establecimiento de Gobiernos oligárquicos.

Los que mezclan la política con la religión no reparan en que de esta suerte exponen la religión a los riesgos de todas las vicisitudes de la política. Se consolidó en Méjico la revolución popular. Y la nueva Constitución fué,

L u í s d e Z u l u e t a

Repertorio Americano El Convivio La Edad de Oro

Me hago cargo de conseguir números atrasados, completar tomos y colecciones, con el editor J. García Monge, a precios corrientes.

MIGUEL OLIVARES
En la Imprenta Alsina.

inevitablemente, una Constitución defensiva, recelosa, inspirada en el propósito de evitar las intromisiones eclesiásticas en la vida civil del Estado.

«Yo sé muy bien, y envidio en ese aspecto a los Estados Unidos—declaró una vez el Presidente Calles—, yo sé muy bien que en la Constitución norteamericana no existe un solo artículo que trate de la cuestión religiosa, sencillamente porque, para fortuna de aquel pueblo, no ha habido necesidad de incluirlo...»

En cambio, la Constitución de Méjico decreta el laicismo de todas las escuelas primarias; prohíbe el establecimiento de Ordenes monásticas; exige que todos los sacerdotes sean mejicanos; limita los derechos políticos de los ministros de los cultos; no concede a las asociaciones religiosas, cualquiera que sea su credo, capacidad para adquirir, poseer ni administrar bienes...

Surgió la lucha. A nombre de la religión fueron anatematizados y combatidos esos preceptos de la Constitución de Querétaro. El clero mejicano se negó a inscribir en los registros municipales los nombres de los presbíteros a cuyo cargo se hallaban los templos. Se encontró el conflicto. Y ya en plena contienda, los obispos publicaron aquella pastoral colectiva del día de Santiago de 1926, en la que adoptaron la resolución gravísima de suspender el culto en toda la nación. «Ordenamos que desde el día 31

de julio del presente año, hasta que dispongamos otra cosa, se suspenda en todos los templos de la república el culto público que exija la intervención del sacerdote».

Malestar en las conciencias. Cesó el culto público y comenzó el culto clandestino en los domicilios particulares. Si aquél lo prohibían los prelados, éste lo vedaban las autoridades civiles, no hallándolo ajustado a las leyes. Las cuestiones religiosas son especialmente delicadas y piden de uno y otro lado un tacto exquisito. Hubo castigos, rebeldías, conatos de guerra civil. Se encendió la discordia. Registráronse episodios sangrientos, que los amigos de Méjico preferirán no recordar...

Y ahora el telégrafo anuncia un comienzo de arreglo, un comienzo de paz, ¡Sea la paz bien venida! Según el cable anticipa, el Estado mantiene íntegramente sus leyes constitucionales. Pero los clérigos, deponiendo su anterior actitud, se avienen a inscribirse en el registro oficial, y los obispos acuerdan que se reanude el culto. La religión, libre en las almas y en los templos. Soberano el Estado en toda la vida civil. Y la hermosa tierra mejicana, tan bella, tan fuerte, tan llena de porvenir, florecerá prodigiosamente si, con el concurso de todos sus hijos, logra una larga etapa de paz material y espiritual.

La religión debe vivir desligada siempre de los intereses terrenales y de las cuestiones políticas. En todo tiempo. En todo país. He ahí la lección que dicta la historia de Méjico. Concordia, concordia entre todos los hombres de buena voluntad. La verdadera fe no quiere posesión, ni dominio, ni influencia mundana. *Motolinía...* Pobreza. Pobreza y amor. El amor se hace amar. A aquel fray Toribio de Motolinía lo veneran los católicos, y al mismo tiempo los revolucionarios que votaron la Constitución mejicana evocaban con elogio entusiasta, en el documento a que antes aludíamos, el recuerdo de ese varón evangélico.

Individualismo suicida

Como parte integrante de la colectividad, el individuo ha de subordinar su empuje a los intereses generales. Tal es, por lo menos, la teoría del «Estado». Y así lo han entendido siempre los anglosajones, a quienes nosotros acusamos amenudo, y con notoria injusticia, de «egoístas» y «personales». Ellos saben muy bien que sólo puede ser fuerte un grupo nacional cuando cada uno de sus componentes adquiere la certidumbre de que todo gesto divergente implica una derrota para la comunidad. Y—añadiremos,—una derrota para el egoísta mismo, que, al fin de cuentas, será arrastrado en la caída.

No es este, desgraciadamente, el modo de ver que predomina en nuestras tierras latino americanas, donde se ha perdido el sentimiento de núcleo. La patria, la solidaridad, la preservación racial, aparecen amenudo como declamaciones. Por encima de todo se impone el individualismo suicida, disfrazado de mil pretextos para despistar. Pero si observamos bien, comprendemos que los males que nos aquejan derivan casi exclusivamente del engaño con ayuda del cual cada átomo trata de medrar en detrimento del cuerpo de que forma parte. La dispersión ha hecho estragos tan hondos, que en esta hora decisiva, ya se trate de la vida interior de cada república, ya del destino de todas ellas, la divisa suprema cabe en una palabra: cohesión.

Con los escalonamientos que impone la geografía, la densidad de población, o el desarrollo económico, todas nuestras repúblicas sienten una herida, o una amenaza. Bastaría la existencia de la Doctrina de Monroe para clasificar la situación. De norte a sur nos oprime la mano de oro de los empréstitos. La terrible mano de oro de los empréstitos, que, cuando llega la oportunidad, se convierte en la mano de acero de las intervenciones. Como consecuencia lógica, la armazón de libertad, los signos exteriores del gobierno propio, resultan, en muchos casos, meras fórmulas oficiales, puesto que lo que constituye la urdimbre fundamental, el hueso de la nación, va pasando a manos extranjeras.

Es evidente que para que la patria exista no basta mantener la apariencia convencional del estado, o el juego político que entretiene la ambición de algunos. No hay que dejar que se desvanezca, o que se desmorone lo que representa la eficiencia, el haber, la virtud viviente del núcleo en sus concepciones básicas. ¿De qué sirve, por ejemplo, que Nicaragua tenga un Presidente, un Parlamento, una bandera, si se halla económicamente, y políticamente, supeditada a otra nación que mantiene tropas dentro del territorio, sofoca las tentativas de independencia (Sandino), y absorbe la prosperidad local?

Si el gobierno autónomo sobrevive a la autonomía, es decir, a la razón que lo hizo nacer, mueve sus engranajes en el vacío y sólo favorece a los que se cobijan a su sombra. Se podrá buscar excusa a la situación. Pero nadie caerá en la ingenuidad de creer que, al aceptar la situación tributaria, ha adquirido el bloque nacional más fuerza, abundancia o dignidad.

Todo ello es fruto del individualismo suicida.

El ansia inmoderada de parecer, la avidez de disfrutar ventajas inmediatas, el vértigo de las falsas preeminencias, orientan las energías hacia fines esencialmente personales, haciendo de los mejores espíritus seres interesados, simuladores, pusilánimes o pequeños. Cada cual trabaja ante todo para sí. Una pregunta universal rebota:

—¿Qué es lo que me conviene?

Todo fin ajeno al provecho mezquino y a la satisfacción inmediata parece lírica ingenuidad. El hombre más respetado es el que más prospera. El político más hábil el que más pronto alcanza situaciones. En las almas se abre un altar a lo afímico.

—¿Y la Patria?

Desde luego, se piensa en la Patria. Pero por un espejismo raro se identifica a la Patria con lo que a cada cual le conviene. La Patria es la dominación para el político, el latifundio para el terrateniente, el privilegio, el negocio, la embajada, el empleo, la mísera pitanza individual. Se oye decir: «no soy un Cristo», con sonrisa que entiende marcar viveza y desdén por los soñadores. La vida es corta. Hay que aprovecharla. En la embriaguez de la fiesta, cada cual

persigue su ventaja, su ambición, su vanidad. Así avanza el navío hacia la zona de los naufragios, sin que nadie advierta la catástrofe que debe alcanzar a todos.

En aras de un enfermizo apresuramiento por vivir, se han hipotecado muchas de nuestras reservas vitales. Y acaso no está lejano el día en que los individualistas mismos tendrán que expiar sus propios pecados. Cuando las riquezas, las vanidades, las jerarquías que hoy les ofuscan se hayan convertido en humo, como todo lo que no trae valor durable,—dentro de diez años, o de veinte—el tiempo corre pronto en este recodo de la historia—se pueden encontrar envueltos, a causa de sus errores, en el conflicto más formidable que afrontó jamás pueblo alguno. Y aún admitiendo—*après moi le déluge*—que los peligros sean más remotos, nada podrá impedir que otros hombres, que serán prolongación de su carne y de su espíritu, en el momento de sentirse arrollados por la avalancha, vuelvan mañana los ojos hacia el pasado para increpar a los muertos, y maldecir a las generaciones que, sin idea de continuidad, dilapidaron el porvenir.

Manuel Ugarte

Niza, Julio, 1929.

Políticos y politicastros

=De El Tiempo. Bogotá=

CON ese poder de concisión peculiar de los publicistas franceses, estudia Louis Barthou en un interesante folleto el carácter actual del político francés.

Barthou ha sido un político. Ha estado en capacidad de conocer con intimidad los métodos, y sentir a cada paso la acción de los políticos. No escribe, sin embargo, con pasión. Sus conceptos—como lo dice en el prólogo—no son la expresión de una solidaridad interesada o de una camaradería complaciente; se inspiran en un sincero espíritu de justicia. Su pequeño libro no es una defensa: es un testimonio.

Con una admirable claridad sintética penetra Barthou en la psicología del político. Lo estudia en sus orígenes y en su preparación. Pasea al lector por la tribuna del Palacio Borbón y el Luxemburgo. Lo traslada a las oficinas de los cargos importantes hasta la presidencia de la república. Lo coloca fuera del parlamento hasta conducirlo al probable retiro, del cual dice que no se presenta para el político, porque el político espera siempre.

De la complejidad de la acción del político se destacan observaciones importantes. La función que cumplen en la vida social es de suma trascendencia. Pero es preciso distinguir y conocer al auténtico político. Barthou establece una diferencia que es de carácter general y de mucha actualidad.

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSÉ, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas de primer orden

Cajas Registradoras "National"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "Burroughs"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "Royal"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Motley, New York

JOHN M. KEITH
Socio Gerente

RAMÓN RAMÍREZ A.
Socio Gerente

«El politicastro (*politicien*) y el político—dice—son gentes diferentes, como son cosas diferentes la política y la intriga. Sucede a menudo que un extranjero queriendo hacerle un cumplimiento a un hombre de estado francés le diga: Usted es un gran *politicien*. Ese no es un homenaje. El politicastro vive de la política. Un mandato es para él una profesión a la cual hay que hacer producir en honores y en dinero todo lo que ella pueda dar. Si es verdad que *no pensar sino en sí y en el presente es una fuente de error en la política*, el politicastro comete ese error a sabiendas. Poco le importa el interés general y el porvenir. El no se ocupa sino de él y de las ventajas que le traen las combinaciones en que entra. El juega sus cartas y si gana ha alcanzado su fin. El no piensa en la gloria, y no es para llevar su nombre a la posteridad para lo que se toma tanto trabajo. El politicastro no se parece a un político más de lo que se parece un cómico a un artista. El político puede engañarse; el politicastro engaña. Aquél tiene designios, un plan de miras lejanas; éste no tiene sino expedientes. El uno hace política; el otro se nutre de la intriga. Se les confunde con frecuencia. No son la misma cosa.»

Esos dos tipos tan admirablemente delineados por Barthou, se encuentran en todas partes, pero el politicastro no alcanza predominio, sus actividades son secundarias. En Francia, los políticos y los hombres de estado no han perdido el timón. Los politicastros no han adquirido influencia. Intervienen, es verdad, en los asuntos públicos, pero a título de subordinados. Se les mira con reservas. Son los auténticos políticos, quienes miran por lo alto hacia los intereses generales, los que dirigen, los que orientan la política general francesa.

Nos encontramos en Colombia en una época de confusión, de inversión de valores. Estamos en el caos: en una especie de nihilismo político y social. Situación siempre delicada. En ella está apareciendo un peligroso fenómeno de desalojamiento de los políticos por los politicastros. El interés privado y las ventajas del presente ocupando el lugar que corresponde a las conveniencias generales y el futuro nacional. La fiebre de los negocios, el afán desmedido de lucro, extiende su invasión hacia las actividades públicas.

El campo es apropiado para el esfuerzo invasor de los politicastros. La progresiva preponderancia de éstos ha creado el desprestigio en que han caído, injustamente, los políticos auténticos en las clases trabajadoras. Éstas se alejan de toda ingerencia en los asuntos públicos, y al favor de un organismo oficial adecuado, está recibiendo estímulo eficaz el predominio de los politicastros en la gerencia de las entidades del estado. La virtud no es propia de los negocios, ha dicho un gran pensador, y se necesita algo menos rígido, menos egoísta para conquistar el favor de los hombres.

La renovación que en estos momentos se efectúa del personal que va a componer la cámara de representantes será en lo general un avance hacia el predominio de los politicastros. Las reducidas unidades, que formarán la excepción, serán ineficaces para contener el empuje progresivo hacia ese predominio. El círculo vicioso en que da vueltas la estructura electoral seguirá su vertiginoso curso.

Lo que se ve venir, si lo imprevisto no interviene, es poco consolador. El desaliento popular y la desaparición de las actividades democráticas conducen siempre a facilitar las dictaduras. Pueda ser que no tengamos que lamentar la sustitución de la actual oligarquía de casta por la autocracia de algún sargentón espadachín.

Pedro Blanco Soto

Un milagro del dolor

QUE suave y luminosamente se escondía el sol aquella dulce tarde otoñal! Las últimas rosas que agonizaban en el jardín, y temblorosas se deshojaban dejando caer uno a uno sus divinos pétalos, saturaban la atmósfera como nunca de la más embriagadora y exquisita fragancia. Mignon pensaba medio adormecida, abandonada amorosamente la cabeza sobre el pecho del amado, pues el aroma de las flores y la quietud sedante y acariciadora que parecía descender de aquel cielo crepuscular, habíanla invadido poco a poco hasta dejarla sumida en esa soporífera actitud en que se visten de oro y rosa todos los pensamientos. Pensaba en los días ya lejanos, en otros atardeceres en los cuales, casi desfallecida por los largos paseos a la orilla de la playa, o por atrevidas

ascensiones hacia los ventisqueros suizos, entregaba con dócil abandono su cuerpo cálido y moreno, como el de la Sula-mita del Cantar, vaso de todos los amores, a las caricias y a los besos enervantes e iniciadores del hombre que ella había escogido para esposo y quien en los primeros años de su matrimonio fue únicamente el dominador, el amo vigoroso y ardiente, que había encontrado en ella la fuente viva, ánfora de miel y de embriagueces, donde calmar todos sus anhelos de macho bravío y exuberante vitalidad, heredada sin duda de aquella raza indómita y altiva de los antiguos araucanos.

Entonces ella creía ser amada; no concebía el amor en otra forma sino ofrendándose toda como un racimo de uvas jugosas y maduras a la fiebre de un sediento, y la tibia seda de su piel, y el brillo de sus ojos oscuros y turbadores, y la roja y húmeda flor de sus labios, y aquella voz que era su mayor encanto, hecha de música, de suavidad de terciopelo, sugerente y mimosa como un arrullo, lo empleaba ella para retener a su lado a aquel hombre que la subyugaba con el brillo de sus pupilas y con su gesto orgulloso y dominador.

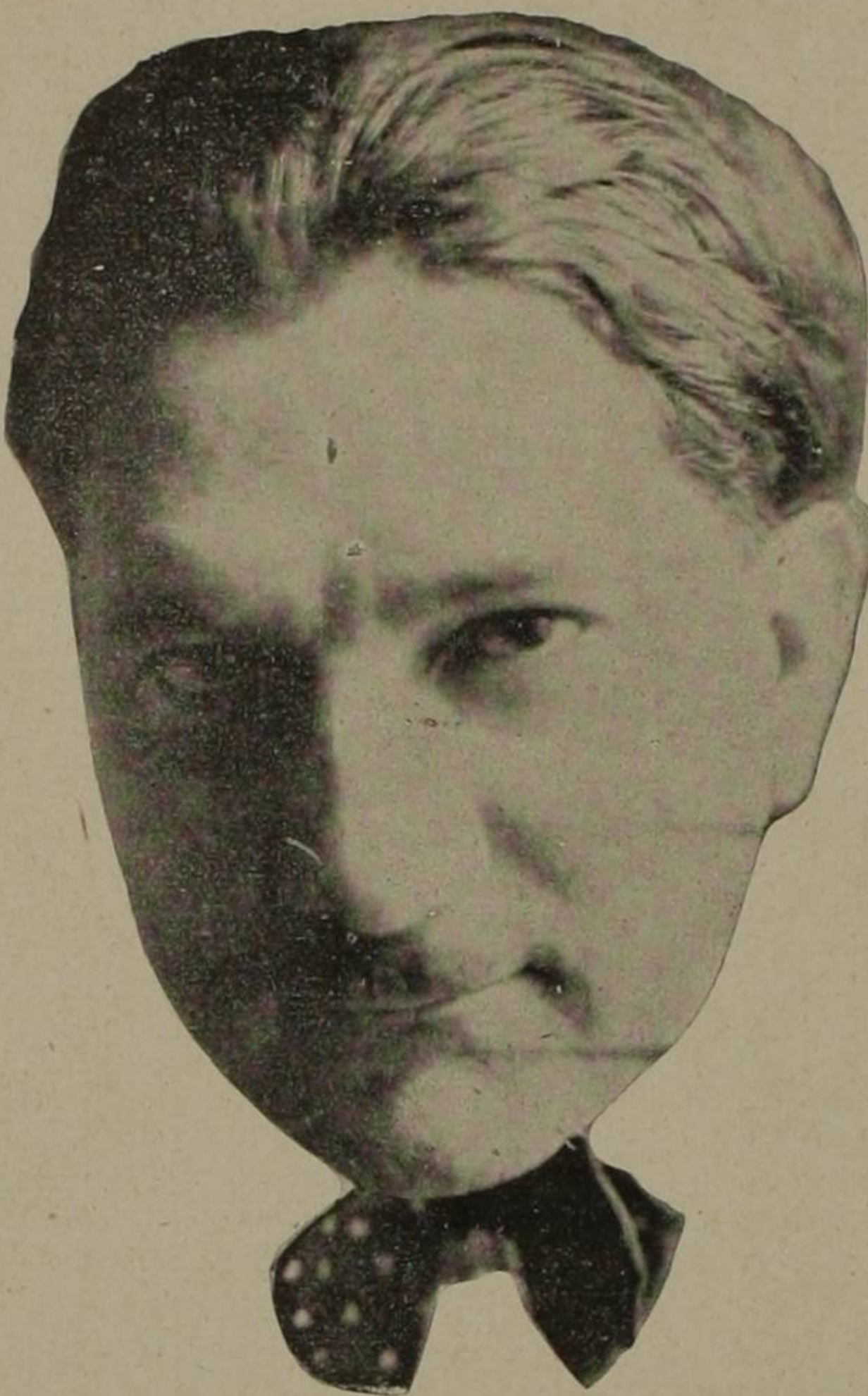
Y así habían ido triunfalmente por el mundo; ciudades inmensas y estremecidas, playas de rubias arenas besadas por todos los océanos, rincones escondidos multiformes de encantos, Historia, Leyenda, Arte, Belleza! Se bañaron de toda sensación, hasta que sus ojos se cansaron de mirarlo todo, y entonces huyeron a ese rincón apartado y de costumbres casi primitivas, en donde se encontraban ahora, y... ¿qué había sucedido? Que escanciaron tan de prisa la copa que contiene el divino néctar de la vida, que había llegado el hastío, y casi sin advertirlo, el desligamiento sobrevino frío e inevitable. Él, para ahuyentar las horas grises y monótonas de vida pueblerina, jugaba en el club, o se aturdió con placeres fáciles y pasajeros; y ella, en cambio, se replegó tan hondamente dentro de sí misma, que su vida parecía un prolongado sueño. Hasta que un día les llegó la noticia, primero por cable, desnuda y lacónica como la verdad que era; y más tarde, por cartas largas y detalladas, supieron de su ruina, ruina inevitable, quiebras de esas famosas firmas que respaldan nombres extranjeros célebres en el mundo de las finanzas, que se aventuran con sus millones en busca de las riquezas minerales de las Repúblicas indo-americanas, hasta lograr adquirir enormes concesiones petrolíferas, o de terrenos inapreciables por sus fabulosas cantidades de oro. Pero ellos, que poseían un porcentaje crecido de acciones en una de esas empresas, cuyos rendimientos al principio fueron tan halagadores, no contaron, como tampoco los empresarios, con esos golpes revolucionarios tan comunes en esas jóvenes naciones, y de la noche a la mañana, un Gobierno espurio los despojó de todos sus haberes. Este suceso los hizo reunirse de nuevo, por la necesidad de pensar de común acuerdo sobre los días por venir. Pero la noticia amarga e inesperada cayó sobre el espíritu de ella ya medio tronchado por una larga tristeza, fatalmente.

Y entonces llegaron los días de pesadumbre, las noches de insomnio, la duda hincando sus garras despiadadas en el alma de él, y—¿para qué negarlo?—la fe, como un puro diamante emergiendo radiante y eréctil como una flecha de luz, desde el fondo de aquella alma que ya principiaba a oscurecerse. Y tras larga enfermedad triunfó la juventud con los cuidados. Pero la desgracia aún aleteaba sobre aquellas cabezas, y un golpe frío e irremediable hizo descender el luto sobre ellos, que ya empezaban a entrever la aurora. Este nuevo dolor, que hirió honda y desgarradoramente a estos dos corazones, los juntó para siempre! Y con las manos unidas como dos niños ciegos y abandonados, se buscaron en la sombra, y... ¡por primera vez se descubrieron el alma! Y desde entonces llegó el amor, y él los ha acompañado en su dolor apartándoles todos los abrojos; y pensando en todo esto Mignon, levanta ahora la cabeza, en donde la noche de su cabellera brilla con tonos azulados, haciendo más blanca su dulce cara de convaleciente. Y con voz lenta y queda, que es como una inefable caricia, le pregunta al amado: «¿De manera que ya nada deseas?» El la toma en sus brazos, y mirando cómo cae la noche en el agua milagrosa y transparente de sus grandes pupilas, por única respuesta le recita los versos del poeta: «El Universo entero me cabe entre tus brazos: en ellos todo empieza y acaba para mí.»

RAÚL Salazar hizo su aparición ante los lectores costarricenses en compañía de José Albertazzi Avendaño; han corrido algunos años de entonces a hoy; serviales de señuelo un volumen de poesías titulado *Fragmentos de alma*: a cada aletazo del numen juvenil, un sentimiento,—unas veces, vago; otras veces, algo confuso,—es decir, un fragmento de alma, salía de allá, de su secreto santuario, a buscar expresión armoniosa en la pluma de los dos poetas noveles; el nombre correspondía bien al contenido de la obra, en cuyas composiciones había emoción y sinceridad, los dos elementos primarios de la poesía; regalo de una buena hada, cada uno de ellos poseía también llave con que abrir la gruta en donde sabios gnomos ocultan los joyeles de la forma para engastar el pensamiento, dándole así primor artístico; ya se advierten aquí y allá, en las diferentes poesías del volumen, las muestras de esos felices hallazgos; el público sintió que con estos dos poetas se enriquecía el grupo de nuestra pléyade. Albertazzi Avendaño, que cultivó con asiduidad sus jardines poéticos, que unció al carro de su palabra viril los indóciles corceles de la oratoria, llegó a conquistarse pronto un nombre en la provincia de las letras que circunscribe nuestra tierra; Salazar parecía haber abandonado el predio que por dón de la madre Naturaleza poseía en las graciosas faldas del Pindo; a lo menos, no se escuchaba tan frecuentemente en el diario trajín el canto con que acompañaba su faena artística. Pero en realidad, no equivalía esto a una deserción; porque lo que ocurría era que Salazar servía ahora a la causa de las letras, siempre como buen paladín, en otro departamento literario; efectivamente, Salazar se había enganchado con todo y su pluma, ya que de otra arma no disponía, en las falanges anónimas de la prensa, obligado por el aquel de ganarse honradamente el necesario condumio; porque lo que es como oficio, el hacer versos no sirve aquí todavía, ni en muchas otras partes, tampoco, como actividad que entrañe virtud y eficacia de *pane lucrando*; esto no reza con el periodismo; el periodismo es un monstruo que, día y noche y con insaciable voracidad, engulle, sin hacer el menor asco, cuantos alimentos le den afañosos intelectuales, si por intelectuales tomamos a los que escriben por vía de oficio para llenar las columnas amazacotadas de un periódico; puede que no sea muy literaria la labor de pluma con que en el periódico de hoy se nos brinda; pero el escribir profesionalmente, mejor dicho, sistemáticamente, constituye de todos modos una industria periodística, que se paga, mal o bien, pero que, al fin y al cabo, se paga; enrolado en el montón anónimo, Salazar vino a ser de esa suerte un oscuro obrero de la prensa, en cuya vorágine silenciosa, pero no por silenciosa, menos irresistible, desaparecía su preciosa literatura, digna, así y todo, de fijarse en páginas que perduren; es seguro, efectivamente, que nuestra atención se ha detenido más de una vez, extasiada, ante el comentario ingenioso o fútil que al azar deja caer su pluma entre las noticias callejeras y más o menos sensacionales con que el diario de nuestros días entretiene la curiosidad un tanto cuanto morbosa de los lectores. Pero el renunciamiento del poeta en el periodista era aparente, o, más bien, momentáneo; ni ello podía ser de otro modo;

Dos comedias dramáticas

Raúl Salazar Alvarez: *La mujer que tenía el corazón en la boca y El hombre que buscaba el verdadero amor*, (comedias). Talleres gráficos de La Tribuna. San José, C. Rica. 1929.



Raúl Salazar Alvarez

porque el sentimiento de la poesía nace en él de fuentes interiores que nunca se agotan, por más que sólo a intervalos irrumpa a la superficie para recibir las puras caricias del sol, que pone tonos irisados en el movable cristal de sus aguas. Vemos, así, cómo a lo largo de esos silencios en que su nombre parece sumirse, el Ateneo de Costa Rica, en concurso de poesía celebrado allá por 1912, otorga el primer premio, sin discusión, a un soneto de Salazar titulado *El rubor del agua*; trascurren los años, y en 1918 este favorito de las musas recibe el primer premio por su poema *Vórtice sonoro* en un concurso abierto por el diario que en aquel entonces aparecía con el nombre de *El Imparcial*; poco después, y en otro concurso por este mismo periódico patrocinado, obtiene mención honorífica *La epopeya del Quijote*, poema que también se debía a su numen; según lo que vemos, la producción de Salazar como poeta lírico no era, a fe, muy copiosa; pero los triunfos que aquí menciono ponen fuera de duda que ella sobresalía, a todo evento, por su prestancia. Otro noble género de cultivo ensayó Salazar en el terreno de las letras desde que empuñó la pluma como instrumento de trabajo: el teatro; esto fué allá por el año 16. Actuaba entonces en el Teatro Trébol, (que ya no existe), bajo la amable dirección del maestro don Adolfo Blen, también artista por su linaje, una compañía de aficionados costarricenses que durante largo período, contra lo que por lo común ocurre aquí en empresas de esta índole, ofreció grato entretenimiento al público josefino; pero cumple decir ahora, para ser del todo veraces, que el buen éxito de la modesta *troupe* se debió muy principal-

mente a la revolucionaria colaboración artística de Salazar, quien llevó a la escena del Trébol diferentes creaciones teatrales de tipo criollo, en que dió a conocer, ventajosamente, la vis cómica de que está bien dotado. Para esa empresa compuso Salazar *San José en camisa*; este ensayo obtuvo ciento diez y nueve representaciones,—un verdadero récord entre nosotros; recuérdese el entusiasmo con que San José se apretujaba todas las noches de función en el elegante teatrillo para tener el gusto de reír a sus propias expensas; porque con gracia sin veneno el autor ponía allí en solfa la extravagancia de gentes en las que con caracteres locales se acentúa algún rasgo o algún aspecto de lo cómico,—arte raro y difícil cuyo señorío no puede disputársele a nuestro compatriota; a este mismo género pertenecen las revistas teatrales *A través de los años*, estrenada en el Teatro Moderno, y *Costa Rica en B. V. D.*, estrenada en el Teatro América, y otras, también de carácter regocijado, en que la pintura de brocha gorda es la que prevalece. Por la finura del trabajo, correspóndele a *Mañana de primavera* posición más eximia en el arte teatral; es ése el primer ensayo serio que Salazar emprende y realiza en lo que toca a la comedia de altura; no menos afortunado ahora, *Mañana de primavera* ganó también el primer premio en el concurso de *El Imparcial* a que antes hube de referirme. Cuando ocurrió la voladura del Cuartel Principal, en 1918, nuestro poeta escribió un boceto dramático que tiene por título *A flor de alma*; con el fin de allegar fondos para socorrer a las víctimas de este desgraciado suceso, que odioso cálculo achacó entonces, pérfidamente, a mano perversa, verificóse en el Teatro Nacional una velada fúnebre de cuyo interesante programa era número el boceto aludido, que, a plena y clamorosa satisfacción de todos los concurrentes, fué representado allí por primera vez; la velada produjo cosa de ₡ 9.000,—resultado sin precedente en la historia de estas elegantes socaliñas.—Como de costumbre, Salazar conquistaba también en esta ocasión la simpatía algo zahareña del público,—juez que siempre sentencia a impulso de su solo instinto, pero que rara vez se equivoca en sus fallos.—La empresa periodística de *La Tribuna* ha editado recientemente, en un solo volumen, las dos últimas creaciones de Salazar: *La mujer que tenía el corazón en la boca y El hombre que buscaba el verdadero amor*,—comedias dramáticas, según reza el subtítulo, en armonía con el carácter de dichas obras. En cuanto edición, el volumen acredita ventajosamente a la empresa en el orden artístico: es ése sin duda un bello espécimen del arte tipográfico, cuyo adelanto general, aquí, el libro también pregonar; ahora bien, en esa misma publicación se halla la clave de los triunfos escénicos con que a justo título nuestro conterráneo podría quizá envanecerse, a no ser su modestia,—virtud rara entre intelectuales de valía, que no han menester de *reclame* para lucir su ingenio o para hacerse notar; pero lo que a mi propósito cumple no es sino decir que el volumen recientemente editado pone a Salazar en primera línea entre los cultivadores que el difícil arte escénico tiene a intervalos por estos mundos, ya que, según una vieja tesis, «el teatro no surge en ninguna parte sino como brote de una civilización que ha alcanzado pleno desarrollo».

Contra esta tesis histórica se alzan, sin embargo, voces respetables: Juan Maragall dice, por ejemplo: «Así, me parece gran error considerar el teatro como resumen superior y cima ideal donde las artes se abrazan y confunden sublimadas: creo, por el contrario, que el teatro es el arte antes de las artes, el núcleo primitivo de donde ellas se elevan». Sea como fuere, la historia de las literaturas atestigüa, por lo menos, que el teatro es la forma literaria última en llegar a la perfección, entre otras razones, sin duda, porque nada hay tan difícil en arte como dar justa representación a las realidades comunes, cuando no inferiores, de una vida hartamente complicada, como ésta,—cosa a que de modo particular tiende el teatro moderno, preocupado más que nunca hoy por reducir a meras síntesis las complejidades de la pasión.—Desenvuélvense así, en la parvedad ideológica de una síntesis, como en un cuadro de reducida amplitud, en donde, sin embargo, todo tiene la proporción que corresponde a su papel, las dos composiciones teatrales que con el nombre específico de *comedias dramáticas* nos ofrece ahora el autor costarricense a que aquí me contraigo: *La mujer que tenía el corazón en la boca* es tan sólo una trascripción escénica de un cuento perteneciente a Conan Doyle,—el ingenioso escritor inglés; el argumento no está tomado directamente de la vida; pero esto no es cosa que disminuye la posibilidad del mérito artístico, cuando lo hay, como en el caso presente; en sí el asunto sólo tiene el valor de la materia bruta; es decir, no desbastada aún por la mano audaz del artista, para darle ésta o aquella otra forma. Al refundir el cuento de Conan Doyle, Salazar ha conservado en la comedia, naturalmente, lo que allá constituye el nudo intrínseco de la fábula; no de otro modo podía la comedia venir a ser una refundición, en la cual pone no poco el ingenio de quien refunde; son esenciales en el cuento, así como en la comedia, unos amores vehementes y la venganza de un marido; casi no hay episodio de la vida en que el amor no juegue papel principal; lo difícil para el escritor es imprimir a sentimiento tan común el carácter que estrictamente le corresponde según su significado y según su intensidad; lo original en el cuento, así como en la comedia, por consiguiente, es el medio empleado por el marido para vengarse; hay en esta forma de venganza un refinamiento que tiene mucho de oriental; con arreglo a ideas que hoy prevalecen, cabe también decir que es una venganza *modernista*, por lo que en ella hay de extravagante; me inclino a creer que en este toque del terrible humorismo británico reside la tentación poderosa que sedujo a Salazar para acometer la empresa, hartamente difícil, a todas luces, de dar estructura escenográfica al cuento de Conan Doyle,—tentativa que, a mi juicio, el autor costarricense ha realizado con muy buen éxito.—En *El hombre que buscaba el verdadero amor*, la segunda comedia del libro, se muestra ya, espontáneamente, libremente, ahora, puesto que no trabaja sobre la obra de otro, el verdadero creador en la república del arte; como la anterior, esta pieza se desarrolla y culmina en un solo acto, con acción rápida y potente,—lo que constituye cualidad de mucho mérito en quien hace labor de teatro y en quien, sobre esto, se propone urdir todo un drama en el breve curso de unas pocas escenas.—Aquí el protagonista, o sea, el hombre que buscaba el verdadero amor, ama ar-

dientemente a una artista de teatro, por ésta con igual vehemencia correspondido; ausente María Rosa, que, por mor de su arte, recorre diferentes tierras en busca de nuevos públicos, la pasión de Adrián deriva automáticamente hacia la hermana de María Rosa, Julia, en cuyo sorprendente parecido se refleja la imagen de aquella que se halla lejos; a su vez, Julia cede a los arrebatos amorosos de Adrián; retorna la ausente, que en ese momento no ignora ya la traición, la doble traición; las explicaciones violentas se suceden; la artista azota el rostro de su antiguo amante con la seda flexible e irisada de sus recriminaciones; él explica su caso con los razonamientos ilógicos que a un imaginativo exaltado sugiere la pasión: «Y si te veía en las cosas, María Rosa, ¿cómo no verte a través de tu propia hermana?», le dice. El desenlace sobreviene con la aparición de un médico inglés,—o norteamericano,—que a María Rosa asistiera durante enfermedad que ésta sufrió en su viaje de regreso y con el cual ella se había casado, al parecer por un noble impulso de gratitud; María Rosa presentía con todo fundamento que muy pronto se hallaría en la situación humillante y, por lo tanto, odiosa, a que la deslealtad de la hermana y del amante la había reducido; sólo el matrimonio, calculó la sensible y desgraciada joven, podría abrirle una puerta por donde escapar con altivez al conflicto que fatalmente le saldría al paso, en hallándose de nuevo entre los suyos: el matrimonio con persona extraña a sus intimidades sería su única salvación; por lo demás, esto del marido improvisado es un recurso escénico que a los autores ofrece con harta frecuencia la artificiosa vida de relación entre cuyo tráfigo se debaten las gentes con las cuales se forma la clase a que por antonomasia designamos con el nombre de «sociedad»; el desenlace, humano, en fin de cuentas, resulta a la verdad bastante cómico, y este rasgo del lienzo gana en matiz y carácter al oír el español bárbaro y desastroso que el autor pone en boca del médico, o, más bien, del marido. Pero, ¿este comentario no se refiere por ventura a una comedia? Sí: efectivamente, a una comedia, a una comedia dramática; temo, sin embargo, que el desenlace debilite un poco la estructura artística de la obra, lo que en modo alguno afecta a lo dramático. Porque, como

ya insinué, toca el drama en el ápice, es decir, en lo más agudo de lo pasional cuando, al reunirse los protagonistas, sobreviene entre ellos la inevitable reyerta, y ésta aparece iluminada por los fogonazos del odio, de la indignación, de los celos, de los reproches; el amor es allí unas veces el tigre enfurecido que se apronta a caer despiadadamente sobre su adversario, ahí no más, a merced suya, como que ha renunciado a toda defensa; otras, es el perro humilde y fiel que, todo quejumbroso aún bajo los golpes del amo y, con los ojos húmedos, busca la concesión reparadora de una caricia.—Mucho sirve la habilidad del actor para imprimir el realce de lo humano a esas actitudes y a esas situaciones en el momento de la representación escénica; así y todo, nada consiguen ni el amaño ni la escuela del intérprete cuando los personajes de la obra no hablan como cumple a su condición, a su temperamento, a su estado de ánimo, a las circunstancias que el imperativo del evento les asigna. La naturaleza ha agraciado a nuestro compatriota con el talento que permite hacer sentir la emoción de la realidad en las simulaciones del arte, tal como lo vemos en las dos comedias dramáticas a que vengo refiriéndome. A vivir en medio literario de mayor amplitud, Salazar ejercitaría seguramente sus facultades en componer obras de más aliento, como otrora solía decirse, y de más fácil acomodo, también, al mecanismo artificioso del teatro; porque, según todas las señales, al escribir las dos obras que aquí comento él tan sólo se propuso dar con ellas sabroso pábulo a la lectura: esto se nota desde luego en la forma de todo punto elegante que expresamente escoge para decir al escenógrafo cómo debe alhajar el escenario, de modo que en éste se refleje, con sus típicas modalidades, el mundo donde van a tener lugar las escenas de la presunta acción; en estas breves cuanto bellas descripciones, que no se escriben para los que leen, introduce Salazar, libremente, puesto que ahí es él quien habla, la nota vivaz y pintoresca de la imagen, como un pájaro de ricos colores,—recurso literario de que con mucha frecuencia y siempre con acierto se sirve,—con lo que también pone de bulto, brillantemente, su variada aptitud artística.

Justo A. Facio

San José, Julio de 1929.

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

CERVEZAS ESTRELLA, LAGER, SELECTA, DOBLE, PILSENER Y SENCILLA.	FABRICA: REFRESCOS KOLA, ZARZA, LIMONADA, NARANJADA, GINGER-ALE, CREMA, GRANADINA, KOLA, CHAN, FRESA, DURAZNO Y PERA.	SIROPES GOMA, LIMÓN, NARANJA, DURAZNO, MENTA, FRAMBUESA, ETC.
---	---	--

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas

Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA

SAN JOSÉ — COSTA RICA

1.—No lejos de la Universidad de Santo Tomás, detrás de la Catedral, donde años más tarde se erigió una capilla adyacente al Seminario, había una casa a la sazón de un color azul celeste desteñido. Tenía allí un pequeño apartamento mi tío, don Alberto Brenes Córdoba. Visitábase yo los domingos por la tarde. Yo contaba entre nueve y once años. Alguien hacía entrar en una pequeña antesala, si había en el aposento de mi tío alguna otra visita. Por la puerta entornada atravesaban fragmentos de frases o simplemente las voces sin las palabras. Allí aprendí a conocer la voz de don José María Alfaro. Solía hablar de gimnástica y recitaba los últimos versos que hubiera compuesto. Amaba la fuerza y la belleza del cuerpo y amaba el arte literario. Le oí no pocas veces, antes de conocerle personalmente. Luego le perdí de vista por muy largo tiempo. Cuando nos volvimos a encontrar contrajimos relaciones de cordial amistad. Conversamos de doctrinas filosóficas, de lenguas y de religión. No recuerdo que hubiésemos discutido cuestiones literarias. Sin embargo yo le había admirado en mi primera juventud por la obra suya contenida en *La Lira Costarricense*. Y ahora más admiraba al hombre: un corazón generoso, una inteligencia nítida y flexible, dotada de una volubilidad simpática, a fuerza de ser sincera y limpia. Alma de conversiones súbitas. Su retorno al catolicismo fué entusiasta; renació a una nueva, deslumbrante claridad. Y este poema, *La Epopeya de la Cruz*, es una culminación de su fe, un acto de devoción a su religión y a la poesía

2.—Hay en el poema dos líneas que aluden a Renán, sin mencionarlo:

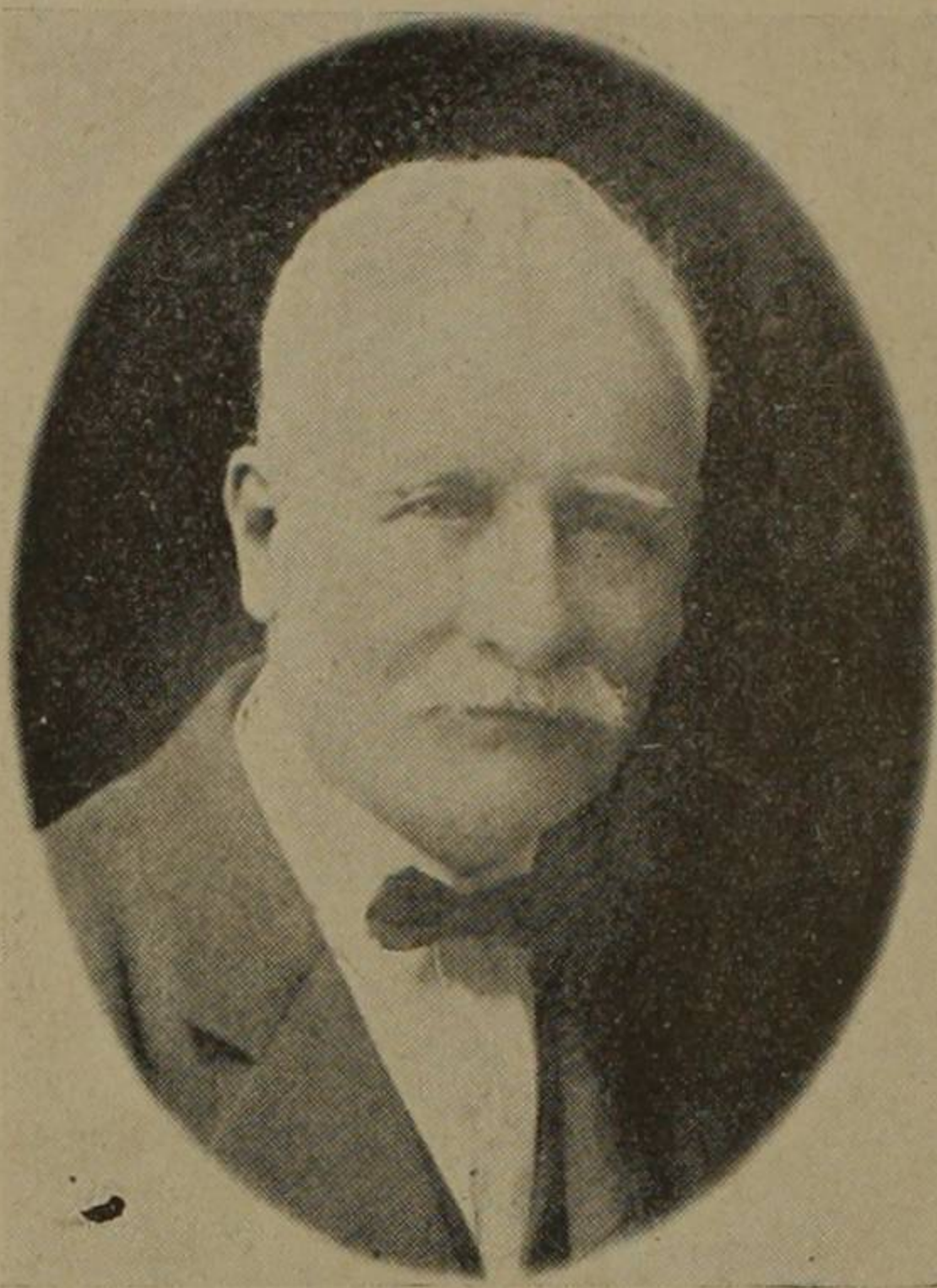
"y, quien Dios no te llama, Redentor Peregrino,
ha tenido, no obstante, que juzgarte divino."

Tal fué la conclusión de Renán, a quien el señor Alfaro ha debido leer con entusiasmo allá en sus mocedades.

Y a Renán debe el Cristianismo una deuda colosal; porque él dió el modelo para todas estas vidas de Jesús que ahora abundan en Europa y los Estados Unidos. El abrió las puertas de ese mundo en que Jesús cesa de ser un objetivo fuera de la conciencia humana para convertirse en una fuerza de inspiración en la intimidad del hombre. El encanto de Jesús tiene toda la vehemencia de las grandes obras de arte. Pero antes Jesús parecía pertenecer a las Iglesias. Hoy cada pensador se siente con derecho a crearlo de nuevo dentro de sí. Jesús no es ya una figura del Oriente mirada a la distancia como una vaga devoción, entre ilusión y realidad; un prisionero de las Iglesias, de los conventos, del Vaticano. Es un ideal generador de estados de conciencia, un tesoro espiritual al servicio del individuo y cambiante con el progreso del individuo. No que así no fuese desde los Evangelistas. Lo que intento decir es que sólo desde Renán para acá se han alentado los hombres a arrebatarlo a la ortodoxia para hacer de Jesús una re-creación de su alma. Se ha aplicado a la figura de Jesús la misma libertad y el mismo procedimiento que a la interpretación de *D. Quijote*, de *Hamlet* o de *Fausto*. En este sentido he dicho que Jesús tiene el encanto de una obra de arte. Es ahora más nuestro que en otras épocas, cuando lo no ortodoxo fué blasfemia, y ésta se castigó con la prisión o con la hoguera. Se dan hoy cuenta las gentes de que en la medida en que esa figura se hace viva en la conciencia y la vida de un hombre en ese tanto se convierte en fuerza dirigente y activa. Esto es justamente lo que apreciamos en todas estas vidas de Jesús.

La Epopeya de la Cruz de J. M. Alfaro Cooper

Estudio de R. Brenes Mesén



José M. Alfaro Cooper

Como hoy está (68 años.)

3.—Eso vine a buscar en *La Epopeya de la Cruz*. A pesar del *Nihil obstat* del canónigo censor puse mis esperanzas en las grandes posibilidades de creación que permite la austera narración de los tres sinópticos. El poeta no se ha aprovechado de todas ellas: se sometió dulcemente a la ortodoxia y la tradición eclesiásticas. De suerte que circunscribió la esfera de su libertad a las escenas y pasajes donde los Evangelios callan o apenas sugieren.

El plan del poema lo determinó el orden cronológico de la vida de Jesús: la Infancia, la Vida Pública, la Pasión y Muerte. Tienen los tres volúmenes que componen el poema sendas introducciones de plumas extrañas; carecen de valor literario alguno. El canónigo censor no se limitó al descargo de sus funciones; creyó de su deber hacer un elogio de la obra al frente del segundo y del tercer volúmenes. Muy mal escrito el del segundo; mejor escrito y más pertinente el del tercero. Pero todos impropios en el lugar de autoridad que ocupan. De la Introducción del poeta ya pueden colegirse algunas de las características que se manifestarán plenamente en el conjunto del poema: profunda sinceridad, adhesión deliberada a un sistema teológico, literalismo allí donde aún los intérpretes católicos se permiten mayor libertad de comprensión simbólica, impulsos de elevación miltoniana. Esa Introducción de cuarenta y dos octavas reales contiene una compendiosa narración del Génesis hasta la maldición de la Serpiente. De la estancia veinte en adelante hasta la treinta se destacan por su belleza las descripciones de Adán y de Eva. Por momentos sentí la entonación de las octavas de Núñez de Arce en la *La Última Lamentación de Lord Byron*. Mas, por desgracia, el poeta no quiso rehuir aquellos puntos teológicos controvertibles y en tanto cuanto hubo intento de acomodarse a las exigencias de una sutil ortodoxia hubo alejamiento de la poesía. No así en el segundo canto donde es muy bella la espera de Ana. En todo el canto hay mayor libertad

El poeta se ha valido de las tradicionales escenas de la pintura clásica allí donde le era dable elegir, como el taller de José o la llegada a Belén o la huida a Egipto. Tradiciones que placen al elemento democrático de todas las edades y a los artistas por el contraste a que se prestan, pero que no pueden resistir una ligera consideración crítica. María, de la casa de David, era una princesa y por lo tanto con derecho a ocupar un sitio en el templo. José era su pariente, y tan carpintero de profesión fué como es hoy albañil un maestro mason, a pesar de que esto significó originariamente la palabra. Si los pastores pudieron reconocer al niño Jesús por los pañales es que en ellos se hallaba el distintivo de la vieja casa de David, y Herodes no temía tanto a un probable futuro profeta como a un príncipe de aquella antigua estirpe capaz de disputar a cualquier detentador la autoridad para gobernar el reino. Los Reyes Magos sabían que una grande alma real había entrado en el linaje de David. Y aunque todo el mundo acepta y reconoce esta descendencia, deliberadamente se la olvida porque está más en armonía con las tendencias ebionitas el llamarle «hijo del carpintero» implicando una humildad que no existió en la sangre de su nacimiento. A la manera de Moisés y de Buda, Jesús procedía de una casa real.

4.—Los cuadros familiares de la infancia de Jesús son los que mejor expresan la ternura ingénita del alma del poeta. Allí donde se ha permitido a sí mismo un poco de libertad allí se hace amar dejándose conocer. Su ideal de belleza femenina es una mujer alta, de ojos azules y cabellos de oro.

Eva despliega en su cabellera un manto de oro, la Virgen María tiene ojos azules y áureos cabellos, y Afrodita, y Jesús, y la Magdalena, siendo bellos, poseen esos dos mismos atributos que también lo son del poeta. Por lo menos lo fueron. Sólo hay un par de ojos negros en todo el poema: los de aquella perversidad que fué Salomé.

En más de un pasaje muestra la dulzura de su alma, como ideal, al menos. Ana es una abuela a la manera del poeta: tierna y cariñosa. Y por los paisajes de Palestina, y por los caminos del destierro fluye un rumoroso río de ternura. Quisiera uno a veces que se rompiese alguna catarata de atrevido pensamiento, o que del lejano Líbano se desprendiese alguna águila que viniese a derramar su sombra altanera sobre los valles que ha mirado el poeta. ¿No habría podido rematar esta primera parte de la obra creando el discurso que el adolescente Jesús pudo haber pronunciado ante los Doctores de la Ley, respondiendo a las preguntas de éstos? «Se ignoran», dice el poeta. Precisamente por eso el asunto debió tentarle más.

5.—Se abre el segundo volumen con la Predicación de Juan el Bautista y el Bautismo de Jesús. Luego, ya en el desierto, se levanta, la figura de Satanás, poderosa y fulmínea. Surgen los ecos de los pavorosos truenos con que se preludia el cuarto libro de Fray Diego de Hojeda; se siente aquel estruendo de alas con que sin fin desciende el Satán del *Paraíso Perdido*. Es uno de los más elocuentes fragmentos de toda la obra. Con aquella elocuencia que fué tan característica de la primera mitad del siglo diecinueve, con los Gallegos, y los Quintanas, y los Heredias, y los Andrades. Aquí también se sintió libre el poeta y concibió ese titán que no tiene, dentro del poema, otro ri

CUANTO salió de la pluma cálida de Manuel Sanguily despierta en mi ánimo recuerdos de un período de vida intensa. Fueron los años de hondos anhelos y de constante brega que constituyen el tormentoso interregno entre la guerra de los diez años y la final que dió por resultado la emancipación de Cuba.

De los hombres que hicieron entonces nuestra historia, y entre los que provenían de la manigua heroica o de la emigración, brillaba en primera línea Sanguily. Su renombre lo había precedido, cuando volvió a la Habana, tanto por sus hechos de armas, cuanto, sobre todo, por su fogosa elocuencia; cualidad que lo ponía a la par de Zambrana y por encima de otros muy disertos revolucionarios militantes.

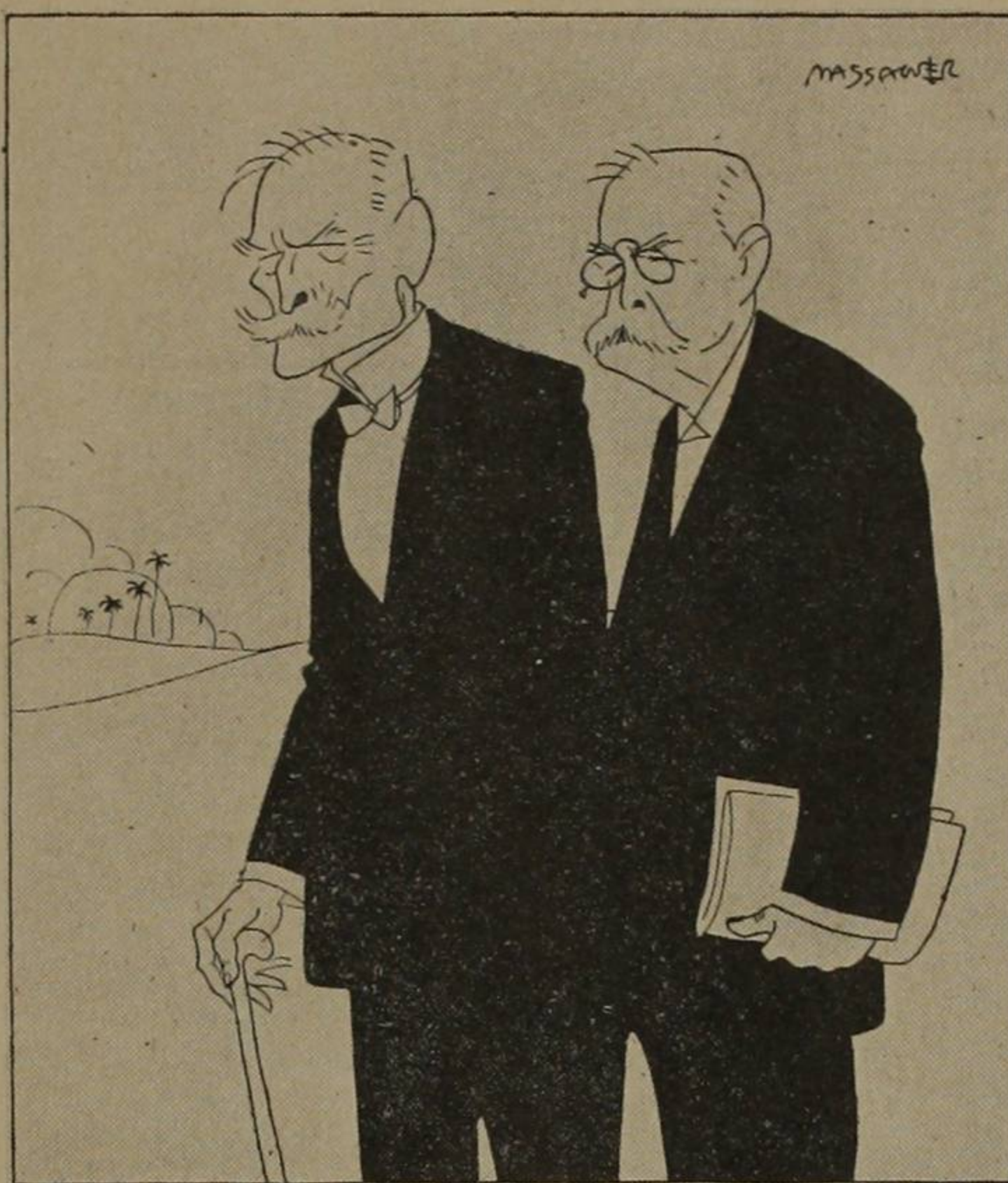
Desde los primeros momentos quedó señalada y bien definida su actitud. Benévolo y cortés con los autonomistas, entre los que tuvo no pocos amigos personales, alguno tan entrañable como Miguel Figueroa, quiso ser y fué el símbolo del separatista vencido, pero no convencido, caído pero de ningún modo humillado, con fe entera en la razón de su causa, y con la mirada fija en el día, por venir más cierto, de la reivindicación de la patria.

Sus nuevas armas fueron su pluma y su elocuencia. Nunca olvidaré que hube de presentarlo la noche de su primer discurso en La Caridad del Cerro. Fuí muy breve, como era natural, pues sentía latir en torno mío la emoción mal reprimida de un público impaciente por oír al joven y ya famoso orador. José Silverio Jorrín, al terminarse la soberbia oración, se acercó a la presidencia donde estaba yo, y mitad festivo, mitad serio, me dijo: «Amigo, usted empezó poniendo sobre la mesa

Impresión y recuerdos

=De El Figaro, Habana,=

Con motivo del libro *Páginas de la Historia*, de Manuel Sanguily.



Sanguily y Varona

Caricatura de Massaguer.

el machete de Sanguily, y él lo recogió, lo empuñó y no ha cesado de esgrimirlo.»

No cesó de esgrimirlo. Cada uno de sus discursos, cada uno de sus artículos, de sus folletos, de sus libros, cada número de las *Hojas Literarias*, era un toque de clarín que conmovía las fibras más profundas del pueblo cubano; o una marcha ya fúnebre, ya triunfal, en loor

Enrique José Varona

Junio 6 de 1929.

de las pasadas hazañas. Si grande era el valor literario de esas piezas, donde campea el estilo más brillante, al lado de la entereza más estoica, no menor era el efecto de renovación o de desencogimiento que producía en las conciencias. Sanguily obtuvo entonces el valor más alto a que puede llegar un ciudadano: fué la voz de la patria.

De esa gran época de nuestra corta historia, en que tanto se esforzó el alma cubana, como desgarrada por tendencias no bien acordes, viene a ser valioso testimonio el nuevo volumen que el vigilante amor filial del Dr. Sanguily ha añadido a la colección de las obras de su insigne padre. *Páginas de la Historia* lo ha llamado; y no he podido recorrer esas páginas sin admiración y tristeza.

Un gran telón se ha descorrido ante mí. Todo era vida en torno nuestro ¡Con qué ímpetu se contraponían y chocaban de frente o de flanco ideas y sentimientos! Nacían partidos políticos; se desprendían de su seno pequeñas agrupaciones, que se esforzaban por crecer, bullían y se quebraban como pompas de jabón, ¡Qué fervor en los espíritus! La prensa era ariete; la tribuna se alzaba en las plazas, cual Sinaí cercado de rayos. En esa atmósfera eléctrica se esperaba con ansias

infinitas un estupendo alumbramiento.

Los que nos agitamos entonces pensamos aún que así valía la pena de vivirse. ¿Será error de perspectiva? No lo sé. Pero sigo creyendo que las aguas dormidas del lago sólo producen limo mezclado con cieno que se va al fondo; mientras las olas tormentosas del vasto mar, cargadas de fósforo y electricidad, dejan hervir en su seno profundo las ricas simientes de la vida universal.

val en belleza artística que no sea Jesús transfigurado.

Y luego fluye el Jordán de su feliz facilidad de sencillas invenciones dondequiera que se siente desembarazado del rigor de la letra. Así, por ejemplo, la descripción de María Magdalena se lee con placer. Hay en ese fragmento la soltura que en las leyendas de Zorrilla.

Y fácil y grato a la lectura es el fragmento consagrado a la *Resurrección de Lázaro*; y bello el final de los *Obreros de la Viña* y simpática y apropiada la interpretación de las edades del hombre. *La Pobreza Evangélica* introduce por la primera vez en el verso castellano la correcta interpretación de aquel decir de que «más fácilmente pasará un camello por el ojo de una aguja que entre en el reino de los cielos un rico». El Ojo de Aguja era el nombre de una de las puertas de la ciudad, y el camello cargado de mercancías tan sólo podía pasar arrodillado o descargado. Con aquella expresiva imagen no se afirmó la imposibilidad, sino simplemente la dificultad, y la conveniencia de dejar a un lado las posesiones esclavizantes para quien desee entrar en el reino de los cielos. Pero no me parece igualmente bien que el poeta haya establecido una tan definitiva iden-

tificación de María de Magdala con la María de Betania, hermana de Marta y de Lázaro. Es verdad que en el Evangelio de San Juan XI, 2, hay un parentesis que así lo declara: más otros textos de los demás Evangelistas no son tan enfáticos y sugieren la duda. En Lucas, por ejemplo, VIII, 2, se menciona a María Magdalena,—de quien Jesús expulsó siete malos espíritus,—entre otras mujeres, y no se alude a su parentesco de Betania. Por lo demás, la resonancia que pudo haber tenido la resurrección de Lázaro era motivo bastante poderoso para que no se la pudiese confundir, y sabiendo que era originaria de Betania, el nombre de Magdalena les habría parecido impropio. Fuera de Magdala se la llamó Magdalena a causa de su procedencia. María, la hermana de Marta, aparece en los tres Evangelistas, con la designación de «la otra María.»

Bellos pasajes el del joven rico y el de la mujer adúltera. El de la Transfiguración es de una sentida y penetrante elocuencia. Y en toda esta segunda parte de la obra es evidente una mayor soltura que en la primera, y place el ingénito sentimiento del ritmo que no falla en los millares de versos que llenan las páginas de este volumen, si no es en los casos en que

sea debe contarse por una sílaba para no experimentar la ruptura de la melodía.

6.—Creo que el autor estaba preparado para embellecer muchos de los relatos evangélicos, porque bastaba infundirles el soplo espiritual que a las corrientes traslaciones les hace falta. Así como su versión del Ojo de Aguja contribuirá a esclarecer un falso popular concepto, así ha podido proceder en muchos otros casos. Lejos de mí la pretensión de señalárselos todos; algunos serán suficientes para hacer claro mi juicio. En la primera Bienaventuranza dice el poeta que son bienaventurados «los que viven en pobreza de espíritu» permitiendo por tanto la misma absurda interpretación que de ordinario se da a la expresión. Ha podido hacer comprender que así como el mendigo que siente la necesidad de las cosas materiales, cuya existencia conoce, va por el mundo pidiéndolas a quienes las tienen, así hay quienes demandan con ansiedad las cosas del espíritu y alcanzan finalmente el reino de los cielos, esto es, de las cosas del espíritu en cuya busca se mueven a toda hora.

En el pasaje donde se narra el milagro de los panes y los peces el poeta declara que se

llenaron «dos cestos con sólo lo sobrante». No dos, fueron doce los cestos, de acuerdo con el original. (Mat. XIV, 20.) La multitud perseguía al Maestro, no para que le diese el alimento material, sino la sabiduría. El trigo y el pan simbolizaron siempre—todavía simbolizan—las verdades relacionadas con la circulación y transformación de las fuerzas de la vida a través de las formas. Los peces representaron la sabiduría del reino del amor, aludiendo a aquella estrella del mar que fué la diosa de la belleza, madre del amor. Porque si vulgarmente Venus designa el aspecto sensual del amor, no así entre los hombres que de verdad conocen la existencia de la Venus Urania, como se la llama en el *Symposium* de Platón. Y Jesús habló a aquellas gentes hambrientas de conocimiento acerca de cuanto pudiera conducir las a la visión del reino que él venía a anunciarles. Muchos comprendieron; más aún no pudieron comprender. Con lo que éstos dejaron a un lado llenáronse los cestos. En otro pasaje del Evangelio se habla de siete cestos. Pero esto nada tiene que ver con el poema que estudio.

7.—La tercera parte de la obra muestra una mayor seguridad en el manejo del instrumento de que se sirve. La fe, el entusiasmo, son grandes. Por momentos se siente pasar el soplo inspirado del poeta; pero muy luego la poesía se trueca en elocuencia. Deviene oración sagrada lo que debió ser poema. Es un bello cuadro la entrada de Jesús en Jerusalén. En el final del *Juicio Universal*, en la última estancia, el poeta aparece liberado de las meras formas devocionales para dejar la preponderancia al verdadero espíritu religioso. Mas por desgracia no son muchos esos arrebatos. Teme el poeta serlo demasiado. Este ha sido su pecado contra el Espíritu Santo. A nada, a ninguna convención, a ningún dogma, a ninguna ley, ni doctrina debe someterse el poeta en los instantes sacros de su inspiración. El poeta es revelador, desgarrador de velos en esas horas, y todo cuanto ciña su horizonte oscurece y quiebra la luz que de lo alto le viene. Cuando le viene de lo alto. Pero esto sólo él lo sabe. El crítico lo intuye por la sensación calofriante que la inspiración nos deja, por la desgarradura que el genio abre en nuestro ser permitiéndonos ver más luz dentro de nosotros. La sensación que hacía decir en otras edades a quien la experimentaba: «acaba de pasar un ángel por encima de nuestras cabezas».

Más de una vez el poeta se ha detenido a interpretar. Uno se pregunta por qué no lo hizo siempre, por qué no permitió a su inspiración la revelación espiritual del contenido de su narración. Señalar todos los casos endonde habría cabido esa interpretación sería un reemplazar el crítico al poeta de manera inconsiderada.

En otros casos el poeta hace uso de esa libertad para inventar, como ocurre en *Despedida en Betania*. Nada de eso se halla en los evangelios. Es mera conjetura que María, madre de Jesús, viviese en Betania a la sazón, y que su hijo fuese a visitarla para despedirse de ella. Extraño que viviendo los dos por algún tiempo en la misma pequeña ciudad no habitasen en la misma casa. Mas a pesar de eso, a mí me regocija ver al poeta a banderas desplegadas en plena libertad de invención. Porque los mayores defectos que en la obra habría de señalar se relacionan con la tímida subordinación del poeta a la letra de los textos, al punto de que a veces degenera su poema en una simple versificación de los Evangelios.

Revista Chilena

Diplomacia, Política, Historia, Artes, Letras

Director: FÉLIX NIETO DEL RÍO

Suscripción anual para el Ext. \$ 40

Dirección y Administración: Correo, 8,
Santiago. (Chile).

En la política criolla, sobre multitudes sumisas, se entroniza el presidente que todo lo hace, todo lo puede, sin trabas, sin crítica. Por esta acumulación de preeminencias en un caudillo, la forma de gobierno es despótica. En el Ecuador y en otras repúblicas, el presidente no es hombre como cualquiera. Las leyes le dan cien ojos y cien brazos: es Argos y es Briareo. Una suerte de despotismo constitucional le arma para bienes y males. La tiranía así instaurada engendra la guerra civil, porque los oprimidos para libertarse combaten sin cesar a los opresores, y la nación beligerante acusa al rudo condotiero que la aprieta y la humilla. El grupo que triunfa en la batalla interior se titula a sí mismo libertador y civilizador. Los vencidos merecen el nombre de tiranos, pero si vuelven a gobernar, serán a su vez restauradores; y los libertadores de ayer se trasmutarán en bandidos. ¿Dónde, en estos hechos, la razón imperiosa y la justicia? En nuestra América, afirma el escritor, el mando corresponde por derecho natural a los peores. Ingeniosamente llama repúblicas argonautas a las del hemisferio meridional porque viajan inciertas por el aire sin saber a dónde se dirigen.

Francisco García Calderón

(Del prólogo a *El Regenerador*, de Juan Montalvo. Casa Editorial Garnier Hnos. París.)

Se apaga la visión del poeta; queda el escriba. Y pensar que si hubiese conservado su libertad habría magnificado la belleza y el sentido espiritual de la letra que tenía delante de sí.

El relato del *Prendimiento* está animado de un realismo ideal de excelente cepa. Las diferentes escenas del tormento de Jesús tienen el colorido de Velásquez: su realismo es sencillamente angustioso. Por las venas de Jesús circulaba un Tiberiades de sangre, tal es la que derramó durante las horas de tormento. A despecho suyo el poeta ha absorbido ese materialismo de la mayor parte de las Iglesias Cristianas que ven en la sangre derramada y en la crucifixión de Jesús la más trascendente prueba de su amor por los hombres. ¡No! ¡No! Cuántos otros mortales sufrieron la prisión, el escarnio, el tormento por haber tratado de iluminar la mente de sus semejantes. Y hubo en ellos valor, resolución, constancia y serenidad en la hora del final conflicto. Horrorosa fué la muerte de Hipatía triturada a golpes por Pedro el Lector, raspada la carne de los huesos mediante conchas marinas y arrojados sus despojos al mar. Y así como Elías resucitó en la figura de Juan el Bautista, de acuerdo con los Evangelios, así Hipatía resucitó en la figura de Giordano Bruno, para ser encarcelado, atormentado y quemado por el delito de pensar y de enseñar de acuerdo con sus mejores luces. Cuántos por la verdad, cuántos por su patria, cuántos por la gloria dieron alegremente sus vidas. No, no. Ese no es el grande, el inaudito sacrificio de Jesús. Lo es el haber asumido la responsabilidad de dirigir la vida espiritual de los Cristianos que para ello invocan su nombre.

bre, la de vivir mientras haya cristianos sobre la tierra para alentarles, consolarles y enseñarles cuando abriendo los ojos al sentido espiritual de sus doctrinas, se hacen dignos de entrar en directa comunicación con él. Haber ligado su vida a todas las consecuencias individuales y mundiales que entraña su doctrina; haberse encadenado a la vida hasta que el último de los cristianos pase por el Ojo de la Aguja hacia el sendero estrecho, tal es el inmenso sacrificio de Jesús.

Pero debo concluir. Resumiré.

8.—Creo haber señalado algunos de los más bellos pasajes del poema, desde un punto de vista literario. La libertad de imaginación del poeta fué la necesaria condición para que tales pasajes se produjesen. En otros momentos la poesía se transformó en elocuencia sagrada: en sermón convirtiéndose lo que debió ser la expresión de una actitud del poeta en presencia de la belleza de una situación. El poeta siente esa belleza, pero a menudo la convirtió en el medio de aleccionar a la manera de quien lo intentase desde una cátedra sagrada. ¿Era éste el propósito del poeta? No lo aseguraría yo. Antes por el contrario, inclíname a pensar que fué el suyo un objetivo poético. Mas no pudo desentenderse del grupo católico para quien escribía, o no logró poner de lado las autoridades dogmáticas y ortodoxas que le servían de guía.

Omitiendo algunas de las interpretaciones que no se acomodarán fácilmente al espíritu de las masas, este poema podría pasar a las generaciones de fines del presente siglo como la obra de un poeta popular de la segunda mitad del siglo diecinueve. Posee la melodía, la fluidez y la abundancia musical de las leyendas de Zorrilla. Su adjetivación es semejante. A puñados se encuentran los versos que contienen tres y cuatro adjetivos para determinar un sustantivo. Las rimas en ante,—ente,—ía,—aban,—ado,—ido pululan en el poema, también como en Zorrilla. Es éste un raro ejemplo de un poeta que escribiendo en los años en que ya se consideraba como asegurada la reforma introducida por los modernistas en la literatura de Hispano América, aparece inmune, impermeable a las influencias del modernismo. Es un meteoro del siglo diecinueve errante y solitario en la ya madura mañana del siglo veinte.

El rayo de luz que enhebra todas las cuentas de colores de este collar es la figura de Jesús; pero en ningún momento me he sentido autorizado a llamar episodios las diversas escenas del conjunto, porque no hay acción central que se desenvuelva desde el comienzo. Los siete actos del místico drama no surgen con el relieve de tales en el poema. Todos los eventos, grandes y pequeños, en el majestuoso drama tienen un muy semejante valor en el poema, con tres o cuatro excepciones que coinciden con otros tantos de aquellos actos.

El lenguaje del poeta es sencillo, popular. Así es el griego del original. Quienes en Alejandría le redactaron se propusieron un relato sencillo y animado. Así se desenvuelve *La Epopeya de la Cruz*.

No hay en las Letras de América una tentativa similar. Y en las de su patria, Costa Rica, no hay quien por la extensión y la valía de su labor poética, pueda compararse con él.

R. B r e n e s M e s é n .

Northwestern University
Evanston, Ill. U. S. A.

Algunos juicios sobre *El sentido trágico del Quijote*,

de Rafael Cardona

De Alberto Guillén, peruano:

Querido Cardona: Haciendo mis maletas para encargarme de la Secretaría de la Legación en el Brasil, leo—recién—su libro estupendo, tan lleno de sugerencias profundas y de ideas novísimas. Me pasma su fuerte intelecto. Hubiese escrito una nota, pero... ya la haré.

Con las dos manos llenas de cariño,

GUILLÉN.
22 Dic. -28

De la señora María Teresa de Dengo:

...Creo que debo decirle que uno de los libros que leyó últimamente con fruición (Omar) fué el suyo y que durante largos días habló de él con grandes elogios. Recuerdo, entre las cosas que dijo, que creía que fuera de don Roberto y de Tovar, nadie en el país podría hacer un Ensayo semejante y que lo calificó de superior al de Azorín y de más valor estético que el de don Miguel de Unamuno. Tuvo la ilusión, y así se lo dijo un día a Carlos Luis Sáenz, de hacer una página para el *Repertorio* con un juicio sobre ese trabajo suyo. Pero la vida no le dió tiempo para ese ni para sus múltiples proyectos.

MARÍA TERESA DE DENGÓ
28 Feb. 29.

Del Lic. Alejandro Quijano:
(Mexicano)

Un poco tardíamente, por la causa que apunto, he de acusar a Ud. recibo de su gentil obsequio; y al propio tiempo, con plena, con íntima sinceridad, he de felicitarlo por su producción, inteligente, culta, llena de una justeza, de una precisión crítica admirable. Su libro es una muestra de pensamiento noble y de arte refinado y puro...

ALEJANDRO QUIJANO

El Lic. Quijano es Universitario y cervantista de altos vuelos.

De Antonio Caso.

Leí con delectación su bello libro titulado *El Sentido Trágico del Quijote*. Hallo en él profunda afinidad de ideas y armonía de sentimientos esenciales (afinidad y armonía, digo, con mis propios conceptos y sentimientos acerca del gran libro español). ¡Cómo me complazco en ello! Le estrecho con efusión la mano.

ANTONIO CASO
25 Nov. 28

De Rafael López (el gran poeta mexicano de hoy:)

Le llevan estas líneas mis mejores agradecimientos por el fino obsequio de su libro *El Sentido Trágico del Quijote*, que he leído con la cuidadosa atención que impone el talento y la cultura de su autor.

A pesar de ser tan copiosa la bibliografía del gentil Caballero, todavía ha encontrado usted modo de decir cosas nuevas o de provocar nuevas sugerencias con estos quijoteos, como usted los llama, pero que a mí me parecen nuevos brillos en la tizona integerrima de este eterno guerrero de la



Rafael Cardona

esperanza y de las cosas buenas de la vida. Un abrazo muy cordial de su amigo que mucho lo estima,

RAFAEL LÓPEZ.

Página de las Letras, de *Revista de Revistas*, Mex. D. F., a cargo de Humberto Tejera, crítico venezolano.

El Sentido Trágico del Quijote, por Rafael Cardona. (Ediciones del *Convivio*, San José, Costa Rica, 1928.)

El Convivio, la Editorial fundada en Costa Rica por el maestro continental García Monge, que ha dado ya tanta bella obra a los lectores indo-iberos, nos regala ahora con un libro de Rafael Cardona, el poeta de *Oro de la Mañana* y de los más joyantes poemas que se hayan escrito en el país del Irazú.

Después de años de periodística y pedagógica trashumancia por Centro América, con principal asiento en Guatemala, Cardona ha recalado en México con su barcaza de pescador de ideas y emociones. Y en México el rotativismo lo ha cogido entre sus grúas y engranajes que chorrean diariamente detonaciones espectaculares de drama o melazas de banalidad. Hombre hecho para el acendramiento grave de las ideas madres, mucho sería de temer que esta prodigalidad de luces de bengala en la noche festiva de la publicidad forzada no haya herido en puntos nobles su estructura ideológica y estilográfica. Al menos por la última podríamos estar tranquilos después de leer *El Sentido Trágico del Quijote*. Naturalmente, el nombre nos recuerda una de las más, si no la más interesante obra de Unamuno; y esto es absolutamente grato: que haya aun, en nuestras vacuas y petulantes letras latinoamericanas quien se resuelva a

seguir tales caminos, en vez de conformarse con copiar para un éxito inmediato la última pírueta exhibitoria de los señoríngos literarios de París o Madrid.

«A don Quijote ya no podemos admirarlo sino en el Olimpo, como una evocación literaria», nos acaba de decir Maroff, el boliviano revolucionario, en una de sus jugosas conferencias. Cardona, en el extremo opuesto nos afirma que el libro cervantino es de contenido y esencia revolucionarios (pág. 13). Define: «Don Quijote es la acción desinteresada» y «la jerarquía del espíritu impuesta por el amor». Conviene, en su concepto que los jóvenes de América hagan continuas exploraciones al través de este continente evangélico hasta trazar su psiconomía completa. Como síntesis de su exégesis hallamos al final casi del libro esta silueta alargada sobre el horizonte: «Don Quijote es el hombre del porvenir. En cierto sentido resume el arte y la religión, la política y la ciencia, porque ninguna de estas actividades se ejerce sin desinterés, sin devoción mística. Don Quijote es divino porque ha perdido su condición de hombre, la racionalidad. No la quiere para sí, la cede a Sancho, que tiene necesidad de razonar para enloquecer más tarde.»

Este nuevo comentador de la gran figura que hiciera florecer en arabescos la pluma de Montalvo, conecta el significado de la creación cervantina con los más arduos y actuales problemas de la raza, de la cultura y del espíritu, hayando lógica bastante para que el lanzón de don Quijote sirva, ya de punta o ya de cueto, como arma hiriente y tundente contra el sajónismo, el imperio de la fuerza, la hipocresía consagrada, la ciudad de piedra del prejuicio y otros males y endriagos graves y permanentes; y a la vez, con otra intención y suavidad, pueda ponerse como amuleto mágico sobre las heridas y dolores del mundo. La filosofía antigua, el cristianismo, el renacimiento, son los pórticos y plazas cuya grandeza confronta el cabalgar triste del hidalgo soñador y activo. Me habría gustado en particular que un escritor documentado y ágil como Cardona hubiese traído la confrontación aún más acá... ¿No hay un poco o un mucho también de espíritu quijotista en este afán del mundo moderno, que renegando de la idealidad quiere cumplir la más cierta y maravillosa de ellas, la de dar a cada uno lo que es suyo o debe serlo? Hay un tácito y profundo parentesco, sobre el cual no se ha querido hablar todavía, entre los redentores actuales de masas oscuras y miserables y aquel caballero que soñaba crear la equidad, tal como la dicta la buena conciencia, sobre el haz de las tierras. Sólo que don Quijote desdeñaba o no conocía las comprobaciones y los cálculos: salía del medioevo, era el hijo de la intuición y de la improvisación; ahora son los números, la economía en vez de los mandobles, o junto con ellos, quien trata de enderezar entuertos.

Dolíase Nietzsche de ver a don Quijote en la corte del Duque, befado por aristócratas idiotas, y mesalinas tapujadas. Holguémonos nosotros de ver cómo el destello del casco de Mambrino sigue atrayendo a las gentes de alto pensar, lejos de la interpretación simplemente humorística que ha pre-

valecido tanto, y más lejos aun de la burla y escarnio de los beocios y fenicios, vale decir indolatinos yanquizados, con que en vida y en muerte tropieza el Caballero de la Mancha. Éste con todo su ánimo y todo su coraje, amó a la Justicia y a la Belleza; quiso el bien y la salud en el mundo, y aunque con poca o nula fortuna, combatió en pro de los forzados, humildes, pobres y desvalidos, anhelando remediarlos en sus males corporales y anímicos. ¿No es esto mismo lo que buscaron los grandes hombres de otras edades, y no es lo mismo lo que quieren, con nombres más o menos aproximados, verdaderos grandes corazones de ahora, que para no parecer quijotescos, se disfrazan de grandes cerebros?

Por eso está bien el libro de Rafael Cardona; y excelentes las exhortaciones que hace a la juventud hispanoamericana, para que descubra y reverencie el verdadero sentido del Quijote, no aquel sentido de chacota que place a los mercachifles, ni el de alquitara gramatical que seduce a los anticuarios, sino el enorme sentido trágico que envuelve la batalla permanente por el triunfo de la justicia verdadera, que no es tampoco la pilatuna de los legistas, sino la real y efectiva de los andantes y de los redentores.

HUMBERTO TEJERA
10 de Febrero de 1929.

De Joaquín García Monge:

Recibí su amable carta y su valioso libro sobre el Quijote. Sus meditaciones son dignas de Ortega y Gasset o de Unamuno. Creo que su libro honrará al pensamiento hispanoamericano.

J. GARCÍA MONGE
29 Mayo-29.

De Rafael Heliodoro Valle:

(*Excelsior de la Tarde*)
Méx. D. F.

¿Tiene sentido trágico el Quijote? Se pregunta el pensador en este libro que encuentra el vínculo de la unión hispanoamericana en el poder profético de su literatura y en el santuario del héroe máximo de la estirpe. Y al exaltar en éste la acción desinteresada y la jerarquía de espíritu impuesta por el amor, traza una síntesis original en un mensaje agorero. «Nos comemos a Don Quijote, como nos comemos a Jesucristo, como nos comeremos siempre a los profetas, desgarrando a dentelladas, su médula redentora.»

Si la risa es una manifestación de superioridad verdadera o supuesta (de parte de quien ríe—contesta Cardona—no hay sino examinar de parte de quien está esa mayoría espiritual; si de nosotros, simples normales de número o de don Alonso Quijano, honra y prez de la demencia mesiánica. Y en torno de vastas perspectivas, que es en sí toda una exégesis, porque el brillante erudito ha ido tamizando esencias extraídas a la historia, Platón, Erasmo, Shakespeare, Goethe, construye una nueva idealidad sobre la carne mortal del héroe que aun va por los eriales de la andanza humana. Reacciona con brava lógica contra el Quijote de ayer, aquel que la ortodoxia procuró mantener en la esfera popular y cómica, «velando con subterfugios lingüísticos el contenido y esencia revolucionarios del genio», y nos lo pinta con un matiz de diversidad, nos los explica

parangonándolo a otros seres, para darle vida más próxima al conocimiento, más tremante de amor, y más capaz de grandes aventuras.

Es así como nos da un Quijote total, trino y uno, por virtud de su caridad, de su honestidad, de su intuición. Un paladín que se supera a sí mismo en la acción y que está más allá de lo cesáreo, porque es pasión divina, ímpetu de crear, de excederse, de renacer en milagrosas palingenesis. En este sentido, después de acendrar los aromas que fluyen del corazón del hombre más puro que ha salido de la fantasía—más que un Superhombre—Cardona formula esta verdad simplísima, que está a tono con la magnitud del glorioso varón: «Tiene la gravedad y la mansedumbre de un filósofo, el ardor de un poeta, la gracia de una ninfa, la fuerza de un fanático», y dice en su alabanza esta letanía: «Cuando pernocta en noble casa, ilumina las veladas con una luz desconocida.»

Está bien; la casa se está iluminando con esa luz interior que ha de cogregarnos en los ágapes de la esperanza. Vestido con sencillez, hablando lo que únicamente debe hablar, hombre superior al destino, Don Quijote divisa el vasto mundo de los pueblos para quienes fué más que una encarnación una ruta; y más que una entelequia una seguridad de propósito, la idea platónica haciéndose carne y hueso en la evidencia, el heroísmo de la cultura, la defensa de su prestigio y sus dádivas.

Lo hubiéramos querido verse codeando en este Ensayo tan rico de sugerencias con aquel otro arquetipo que es su más gemela criatura, con Bolívar, el Príncipe de la jerarquía cristiana que es también caridad y mensaje inteligible. Exceden el Caballero andante y su par en América al Ariel inconsútil y al Hamlet desconsolado. Para la unión hispanoamericana, esa Aldonsa Lorenzo que se asoma cada instante a ver el retorno y no la salida del paladín, este libro apologético tiene una amarga transcendencia. Porque a nuestros pueblos les falta lo que Cardona hace destacarse en las múltiples virtudes del divino Caballero: el amargo ridículo de la edad en semejantes devaneos con el amoroso pundonor...

RAFAEL H. VALLE
12 Marzo-29.

El Quijote y su sentido trágico.

La profunda lectura del *Ingenioso Hidalgo* despertó en Rafael Cardona un haz de lo que él califica de «acotaciones y quijoteos». Un nutrido volumen de certeras glosas cervantinas, titulado: *El sentido trágico del Quijote*. (Ediciones de *El Convivio*. San José. Costa Rica, 1928.)

«Libro de libros, grandioso espejo de toda sinceridad y meridiana nobleza, la obra de Cervantes—dice Cardona—contiene en síntesis la clara fantasmagoría de la vida humana.»

Por ello es un libro inagotable, como también lo es la misma vida. Sugiere un nuevo comentario siempre que nos acerquemos a él con una nueva—y leal—intención. Rafael Cardona, enamorado del precioso texto, encuentra en él felices irradiaciones que anotar. Señalemos la glosa *Dulcinea y María*, en que se apunta la verdadera interpretación de Aldonsa Lorenzo. Esa nubecilla de un recuerdo en que *Don Quijote* se convierte en un símbolo y en un ideal caballeresco, la perfila atinadamente el autor. Del recuerdo de una tosca aldeana, brota un concepto puro de mujer, como de la más tosca piedra brota el chorro bíblico. Fecundo, generador de una rica vegetación mental.

Benjamin Jarnés

(La Revista de las Españas.
Madrid. No. de Mayo de 1929.)

Los quijoteos de Rafael Cardona

La honda renovación de espíritu que tras el romanticismo trajo la libertad de pensar y expresarse, trajo a luz, sobre el terreno de las realidades, un conjunto de artistas que, abandonando las limitaciones de los innovadores del siglo XVII, se activaron en un afán de revivir los clásicos valores de la edad de oro española, del Renacimiento italiano y de la Grecia platónica y eterna. A esta moda de dicción pertenece sin duda Rafael Cardona Jiménez, el poeta laureado nuestro. Sus versos y su prosa llevan en sí la distinción que los sitúa fuera del alcance cerril de los preceptos al uso. Fué por eso, cuando surgió, que alguno le dijo «cerebral» e imperceptible; pero en verdad, igual entraron bronce y marfil, plata y oro, en la divina confección de sus estatuas. Su labor está delineada! Veces es el artista el que canta: el artificio desaparece al confirmar en la forma la vistosa analogía de las ideas. Veces, es el artista el que piensa: el fondo conceptual se ilumina y anda y fantasea en sus estancias de cristal e iris. Mas siempre—en la extensión de sus fracasos y sus glorias—es el poeta el que vive!...

Lo conocimos cuando era un niño juaguetón y travieso, y mirándolo, nunca pensamos que, dentro su espíritu, guardase piedras bellas sin pulir ni un cofre mágico y virtuoso. Cuando triunfó y la faena lo trajo al campo de un periódico, el niño de antes no dejó de serlo nunca, aun cuando «el poeta» delineara en él su viril envergadura condoriana. Un día se fué a México, y ahí—cuentan amigos—hizo oratoria, poesía y dinero. Lo conceptuamos fracasado al mirar entonces su inactiva labor..., pero he aquí que nos regala presto con unos comentarios sobre el Quijote: «acotaciones y quijoteos» como él los llama, en los que al par del arte del prosista fácil, espontáneo y profundo, nos dice cómo su espíritu viene tallando la verdad futura e ideal de su vida.

Hablar del Quijote o comentarlo en estos tiempos es un intento que delinea

DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos,
oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

10 a 12 de la mañana
y de 2 a 5 de la tarde

Contiguo al Teatro Variedades

dos situaciones: o se ejecuta un anacronismo que no se justifica o se realiza una obra de aliento. Tanto se ha dicho del noble y santo caballero de la Triste Figura que en esta arcadia de las letras cervantinas, todo parece agotado. Pero Cardona sí ha conseguido algo a la verdad de las cosas, a la meditación y al estudio!... Por lo menos un modo de inducir y deducir distinto de las corrientes glosas comentarias y que vale la pena estudiar.

La síntesis de Hombre que el glorioso Manco puso a andar sobre la tierra, tiene para él un sentido trascendente especial: si todos se ríen del monigote sublime, es para llorar (¿no es así?) de las monadas que animan las risas de cada quien. La tragedia está ahí!... Debajo del reír, hay llanto infeliz: para reír de don Quijote hay que apretarse el corazón. Las glorias de otrora se esfuman y se van; y la risa, día a día, se ausenta del mundo. Son cosas del adelanto de todo, pero realidades al fin. El reír y el llorar!... Todo es cuestión de luz. Así dice el poeta.

Eso que Don Quijote ha salido de nuevo en andanza por los eriales del mundo justificando otra vez su locura, es cierto! Lo que significó de antes el desinterés, el arrobamiento y la emoción *superfluos* del viejo genial, son ahora los fundamentos de la Vida. Ha llegado el momento del pensar y del saber profundos. Tras la balumba de las filosofías, el mundo se exalta por un *test* de la inteligencia y una forma de meditación distintas. Y todo va, tras los pasos del insomne Caballero, hacia una transformación total.

Sin radicalismos proclama el poeta una idea que salvará hombres y naciones. Él dice por ahí: «Con el ejercicio y desarrollo de la capacidad intuitiva habrá de modificar el asiento intelectualista de la filosofía, que ha sido el mayor error de toda la historia. Ya no habrá que proceder por *asociaciones de ideas*, de palabras, de géneros, de categorías en fin; y lo que distingue al intelecto

Al estudiante que desee adquirir un conocimiento elemental de filosofía, le será a un tiempo más fácil y más provechoso leer algunas de estas obras de los grandes filósofos que aprender generalidades de los textos. Se recomiendan especialmente las que siguen:

Platón.—República. Sobre todo los libros VI y VII.

Descartes.—Meditaciones.

Leibnitz.—Monadología.

Berkeley.—Tres diálogos entre Hylas y Philonous.

Hume.—Investigaciones concernientes al humano entendimiento.

Kant.—Prolegómenos a toda metafísica del porvenir.

Bertrand Russell

(The problems of Philosophy.)

de las demás facultades es precisamente la *asociación de ideas*. Por el contrario, la intuición impone la dirección diametralmente opuesta: la *disociación de ideas*, no la antigua abstracción por series y motivos, sino la contemplación persistente de una imagen, exclusiva, única y preponderante, hasta que toda la sensibilidad *se convierta en la cosa misma*.» Pues bien: esa manera es la forma de meditación que debemos seguir sin duda en nuestras prácticas diarias: disociación de ideas que nos llevará a una verdadera totalidad concepcional, y sobre todo, a un nuevo plan educativo que consiste en conseguir el equilibrio ordenado de la emoción.

El ideal, pues, ¿cuál es?... Don Quijote en acción! Don Quijote «benévolo con los ignorantes, benigno con los culpables, sereno ante los fuertes, elocuente ante los comprensivos, majestuoso con los altivos, desdeñoso con los majaderos...»

El libro de Cardona es revelador, y como tal trasfigurante. ¿Se le apreciará de veras? La vida y el tiempo lo dirán... Entretanto, Poeta: por ti primero; después por quien te sepa comprender sin envidia!

Victor M. Cañas

Limón, Junio de 1929.

Estampas

Contra los aparatos de esclavitud

Cuando fijamos la reflexión sobre problemas como el del banano, el del latifundio, el de la electricidad, el del petróleo, encontramos en el fondo de todos ellos un solo y profundo mal que combatir: el de la invasión financiera. En Costa Rica se llama United Fruit Company o Electric Bond and Share. En Honduras, Cuyamel Fruit Company; en Cuba, American and Foreign Power Company; en cada país de la América, con un nombre inglés entroncado siempre a una poderosa organización capitalista de los Estados Unidos. Como los métodos de esa invasión son idénticos, el problema también se presenta uniforme en todos los países. Al referirlo a nuestra nación queremos sujetarnos

exclusivamente a principios de una elevación severa y justa. De Solón cuenta Plutarco que, reflexionando sobre el puerto y la fortaleza de Muniquia, invadida y posesionada más tarde por Macedonia, tuvo esta exclamación: «¡Qué ciego es el hombre para lo futuro! Con los dientes desharían los Atenienses este rincón, si previeran cuántas pesadumbres les ha de costar.»

Lo que en el arconte ilustre fué sabiduría excepcional en aquella antigüedad turbulenta, no es hoy más que previsión común del ciudadano vigilante. ¿Quién en presencia de la penetración tenaz y calculada de la invasión económica del capital del Norte, no se sacude los ojos y deja libre la pupila para te-

ner en ella reflejado lo porvenir? Ya no hay ceguera en el hombre para lo futuro. Existe, sí, en perpetua condenación de lo futuro, la indiferencia y la presión de las fuerzas del mal. Contra estos aliados de la invasión económica es contra los que vamos. Y lo hacemos asumiendo una actitud vertical. Es entonces cuando la perennidad de las palabras de Solón la sentimos influyéndonos el espíritu de majestad para una lucha recia contra los vasallajes presentes y futuros. Decimos que influidos de majestad, porque la virtud viril de este término se desentraña al invocarlo en bien de nuestro país. Es así como cada problema de los que la invasión económica obliga a afrontar, suelta su pesadumbre. La vemos regada como un azote. Y por lo mismo le oponemos, y aspiramos a que el país le oponga, un dique. No faltarán voces menguadas que nos midan con el racero de la maledicencia. El número de los indiferentes, y el de los que presionan, es crecido. Mas es fácil seguir la veta que vamos descubriendo. No es oro de moneda el que de ella extraemos. Tiene una resistencia que no vence el malediciente cuando lo tasca.

Condenamos el vasallaje de la United Fruit Company, porque nuestro anhelo es que el país se sienta libre de la influencia de un poder que tanta significación trágica tiene en su vida independiente. Usando la expresión de Solón, diríamos que esa compañía nos ha costado muchas pesadumbres, e intenta seguirnos costando más. ¡Y de qué orden tan variado! Con la misma impiedad con que se ha clavado sobre la tierra de la región atlántica, extrayéndole rendimientos incalculables, sin beneficio apreciable para el país, ha absorbido la actividad de sus hombres hasta convertirlos en ruinas. ¿Y puede un país sentirse indiferente ante un poder que le va variando tan penosamente el destino de su suelo y la condición de sus hombres? Hasta el presente parece haber exprimido tan sólo una región, pero como hay todavía otras tan fecundas, es hacia ellas hacia donde camina certeramente. Es imposible que se la permita avanzar más. Con sólo esa región dominada cree ella, y así lo hace proclamar a sus servidores, que el país sucumbirá si ordena un paro general de sus actividades. ¿Qué dirá entonces si la imprevisión le permite extenderse hacia el Sur o hacia otro de los rumbos libres de la nación? Por eso hemos dicho que en el fondo de todos los problemas suscitados por la invasión del capital extranjero, se agazapa el problema único de la penetración económica. La United Fruit Company pretende haber dominado muchos de los recursos que dan estabilidad y prosperidad a nuestra balanza económica, y con esa arma en alto nos amenaza hasta el extremo de hacer caer sobre nosotros la más oprobiosa bancarrota. ¿Podemos entonces extenderle un día más sus atribuciones explotadoras y esclavizantes?

He aquí, pues, el mal que condenamos, la pesadumbre de que pretendía librar a los ciudadanos de su patria el arconte previsor. Estamos señalando peligros y no obedecemos sino a un principio de

elevación que nunca podrá seguir el que combate con el alma ensombrecida.

Cuando reflexionamos sobre la cuestión de la electricidad es sólo en lo futuro en lo que tenemos fija la mente. Es claro que en la actualidad hay electricidad un tanto barata y el negocio no es brillante para la invasión económica que lo ha monopolizado. Hasta, haciendo números, el invasionismo podría concluir que le deja pérdidas. Pero ellos trabajan para más adelante. Si se les deja cobrar pujanza y penetrar resquicios a diestra y siniestra, se irán nutriendo de opresión y con los años el país será esclavo de la electricidad. Y no hay que pasar por ese aro. La electricidad debe quedar definitivamente controlada y distribuida por el Estado, como única forma de que el costarricense no se convierta en tributario miserable de un poder que lo persigue y lo acosa.

Y nos preguntamos: ¿Cuál es la aspiración primordial de nuestra lucha? ¡Ah! evitar la invasión económica que da trato de colono. Y no hay para un hom-

LIBRERIA ESPAÑOLA

10 Rue Gay-Lussac, París V,
y Mayor 4. Madrid, España

Envía libros españoles, franceses, etc.,
a todos los países en las mejores
condiciones.

Pídase información de novedades.

Depositorio del *Repertorio Americano*.

bre independiente trato más vil que ése. Tenga hoy el nombre de United Fruit Company, mañana el de Cuyamel Fruit Company, o el de Electric Bond And Share, o el de American and Foreign Power Company, los procedimientos de la invasión económica son siempre los mismos. Nos consideran nada más que como montón explotable. Contra esa iniquidad es contra la que protestamos y pedimos que el país lance enérgico sus leyes que controlen y limiten la expansión como único medio de tener patria accesible a la vida noble y libre.

Juan del Camino

Cartago y Agosto del 29

Poesías de Fabio Fiallo

=De la obra *La canción de una vida*. Poesías. Madrid. 1926=

En el atrio

A *Rubén Darío*

Deslumbradora de hermosura y gracia
en el atrio del templo apareció,
y todos a su paso se inclinaron,
menos yo.

Como enjambre de alegres mariposas
volaron los elogios en redor:
un homenaje le rindieron todos,
menos yo.

Y tranquilo después, indiferente,
a su morada cada cual volvió,
e indiferentes viven y tranquilos
¡ay, todos, menos yo!

Misterio

A *José Santos Chocano*

Flota su imagen pensativa y casta
en mis versos de amor,
como flota en los pétalos de un lirio
perfume embriagador.

Pero en mis ritmos no busquéis el nombre
de la que causa mi perpetuo afán,
que nunca en los alambres de mi lira
su nombre vibrará.

Sólo al morir revelaré el misterio
que guarda el corazón.

Sólo al morir... cuando en mis labios sea
su dulce nombre mi postrer canción!

Ave, Reina

Yo soy el que esperabas...
Gutiérrez Nájera

Te encuentro al fin, ¡oh, tú, ideal radiante
de mis vagos ensueños de poeta!
¡Ven, surge a mis amores! ¡Cuántos años
que mi impaciente corazón te espera!

Eres la misma; el encorvado tiempo
por ti pasaba sin marcar su huella;

un invierno a otro invierno sucedía
sin tocar tu florida primavera.

Mi corazón en tanto te buscaba,
y en el ardiente afán de tu belleza,
por otra vida suspiraba ansioso,
creyéndote ¡ay!, en otra edad ya muerta.

Por mi amante a la historia interrogaba:
¿Era Beatriz? ¿Fué la gentil Julieta?
¿Fué la víctima pálida de Otelo?
¿O fué la dulce e insensata Ofelia?

Mas, mi ambición que te forjó a su antojo,
sin fe miraba a las sublimes muertas,
que para ser la amada de mi ensueño
faltaba a todas tu altivez de reina.

¡Te encuentro al fin! ¡Oh, qué triunfante surges
a la extática vista del poeta!
¡Ante tu imagen la ambición se calla,
y su torpe cincel rompe la idea!

¡Nos hallamos al fin! ¿Verdad, mi hermosa,
que tú también soñaste mi existencia,
y cuando ardiente el corazón latía
tu alma a tu corazón le dijo: espera?

¿Y mientras yo cruzaba entorpecido,
una tras otra, tenebrosas sendas,
tú a los cielos, tú al sol, tú al horizonte,
demandabas la causa de mi ausencia?

Y no hallando respuesta a tus anhelos,
y no sabiendo en tu angustiosa pena
qué hacer ¡ay!, con los besos de tu boca
y el perfume embriagante de tus trenzas.

A la noche, por triste y silenciosa,
te llegaste en amarga confidencia,
y diste a la ventura de tus alas
tus besos, y tu amor, y tus tristezas...

En la callada sombra, cuántas veces,
mientras estallaba el corazón de penas,
en la frente de súbito sentía
como el beso fugaz de un ala inquieta.

Y al conjuro de aquel extraño roce
mi espíritu cobraba aliento y fuerzas,
al temor la arrogancia sucedía,
nueva ilusión a la esperanza muerta.

Eran caricias de tu amante boca
que a consolar venían mi alma enferma,
a darle fe a mi corazón postrado,
y esfuerzo de titán a mis flaquezas.

¡Ya estamos juntos! Ya no más tus besos
a la ventura cruzarán la esfera,
ni vagará, sin dueño, en el espacio,
el perfume embriagante de tus trenzas.

Y pues ya tengo a quien ceñir de mirtos,
trepo a la gloria a desplegar mi enseña.
¿Quién disputarme el galardón se atreve
si estás ahí para premiarme, oh, Reina?

Plenilunio

Fué un suave rozar de labio
sobre sedosos cabellos.

Dulce María Borrero

Por la verde alameda, silenciosos,
íbamos ella y yo:

la luna tras los montes ascendía,
en la fronda cantaba el ruiseñor.

Y la dije... No sé lo que la dijo
mi temblorosa voz...

En el éter detúvose la luna,
interrumpió su canto el ruiseñor,
y la amada gentil, turbada y muda,
al cielo interrogó.

¿Sabéis de esas preguntas misteriosas
que una respuesta son?...

Guarda ¡oh luna, el secreto de mi alma;
cállalo, ruiseñor!

Y una voz dirá tu nombre...

Yo quisiera formar las nuevas letras
de una nueva palabra;
palabra sin sentido a quien la oyera,
si quien la oyera no eres tú, mi amada;
mas, tan dulce a tu oído, que en tu oído
fuera oración cristiana.

Y hacer de esa palabra un solo nombre,
único nombre de expresión tan rara,
y que sólo tú pudieras entenderla.
y sólo tú lograras escucharla.

Y cuando con amigas, por el bosque,
una fresca mañana,
o en clara noche de jardín, oyeras
tenue voz que ese nombre pronunciara,
¡qué pronta y cándida emoción la tuya!
Tus jóvenes amigas, asustadas
al verte así, preguntarán:—¿Qué tienes?
¿Por qué te has puesto pálida?
Y tú, tranquila ya, contestarías
con suma sencillez:—No tengo nada.

Gólgota rosa

Del cuello de la amada pende un Cristo,
joyel en oro de un buril genial,
y parece este Cristo en su Agonía
dichoso de la vida al expirar.

Tienen sus dulces ojos moribundos
tal expresión de gozo mundanal,
que a veces pienso si el genial artista
dióle a su Cristo el alma de Don Juan.

Hay en la frente inclinación equívoca,
curiosidad astuta en el mirar,
y la intención del labio, si es de angustia,
al mismo tiempo es contracción sensual.

¡Oh pequeño Jesús Crucificado,
déjame a mí morir en tu lugar

sobre la tentación de ese Calvario
hecho en las dos colinas de un rosal!

Dame tu puesto, o teme que mi mano,
con impulso de arranque pasional,
la faz te vuelva contra el cielo, y cambie
la oblicua dirección de tu mirar.

Pierrot

Para la dulce compañera
de *Leopoldo Lugones*

Hablábase de amor, que es tema siempre
selecto en todo frívolo salón,
y como yo callara, hermosa dama
pidió mi parecer en alta voz:
«¿El amor...?» «¡Bah, señora!...» Y dije
[entonces
tan lindos chistes puestos en razón,
con tanta gracia y tan sutil donaire
supe burlarme del pequeño dios,
que a poco ví la concurrencia entera
aplaudir mi sarcástica opinión,
y más de una preciosa boca roja
me otorgó un gestecito encantador...

¡Ay! ¡Sólo tú, en tu oscura cárcel gélida,
no reías, llorabas, corazón!

Rosas y lirios

Se habló de la hermosura de las flores
y fué, cual siempre, el opinar distinto:
los unos aclamaron a las rosas,
los otros a los lirios.

Yo pensé, ¡oh, mi adorada!, en tus mejillas
que una risueña juventud colora;
pensé en los besos que les dí una tarde,
y dije: amo las rosas.

Mas, luego, recordé tu frente pálida,
tu frente que, más pura que el armiño,
anida,—mariposas—tus ensueños,
y estuve por los lirios

Rima profana

La blanca niña que adoro
lleva al templo su oración,
y, como un piano sonoro,
suena el piso bajo el oro
de su empinado tacón.

Sugestiva y elegante
toca apenas con su guante
el agua de bautizar,
y queda el agua fragante,
con fragancias de azahar.

Luego, ante el ara se inclina,
donde un Cristo de marfil
que el fondo oscuro ilumina,
muestra la gracia divina
de su divino perfil.

Mirándola, así, de hinojos,
siento invencibles antojos
de interrumpir su oración,
y darle un beso en los ojos
que estalle en su corazón.

Lis de Francia

Para *Arturo Logroño*

Leve olor de un lis de Francia
se insinúa por la estancia
donde se viste mi amor:
ese olor es la fragancia
de su ingénita elegancia,
su propio aroma de flor.

Copia en mitad de la alcoba
un tocador de caoba
su blancura de jazmín,

mientras blanda piel de loba
en el deleite se arroba
de besar su piel gentil.

¡No hay oro de enredadera
igual a su cabellera!

Cuando la asoma al balcón
despeinada, se dijera:

¡La más altiva bandera
en un reto contra el sol!

Y tal profusión de rosas
guarda en su cuerpo mi hermosa,
que su cuerpo es un jardín
de las rosas más pomposas
y raras y misteriosas
que trajo en su cesto abril.

Altar de impolutos lirios
es su frente; cual dos cirios
arde en sus ojos la luz
que me exalta hasta el delirio
de arrostrar cualquier martirio
sobre sus brazos en cruz.

Tras sus huellas

Para *Margarita y Julia Amelia*

En la horrible orfandad de su partida
con tres indicios me lancé a buscarla:
su cariño a las flores, su dulzura
y su exquisita ingenuidad cristiana.

Corrí al jardín, y aroma de su carne
sentí mezclarse al de las rosas cándidas:
—Por vida de tus flores, jardinero,
dime, si ella está aquí, ¿dónde la guardas?

—En carrera fugaz cruzó mis siembras;
mas, doquiera posó su breve planta,
el cardo agudo se volvió una rosa,
límpido manantial la turbia charca.

Un buen hombre topé que su rebaño
conducía a pacer en la sabana:

—Por tu más inocente corderillo,
dime, pastor, si estuvo en tu cabaña.

—Sólo un instante iluminó mi choza
la dulce luz que su presencia irradia;
mi colmena se fué tras su sonrisa,
y tras sus hombros mis palomas blancas.

Entregado a la Biblia y al cilicio
encontré un grave asceta en la montaña:

—Dime, santo varón, sobre tu libro,
¿no la viste inclinar su frente pálida?

—En rápida ascensión a lo infinito,
como un perfume su divina gracia
derramó en mi cabeza pecadora
y se esfumó en la nube que pasaba.

La canción de una vida, de Fabio Fiallo

Mira en tu corazón y escribe
Philippe Sidney

ESTOS versos... Como el contacto de
una mano suave y acariciadora, co-
mo el perfume de una flor querida, como
el tibio fru-fru de la seda que nos en-
volvió en una noche de triunfo inefable,
como todo lo que, al par de alado y su-
til, marca en nuestro ser un momento
de vida emocionante y profunda, los
versos de Fabio Fiallo, una vez leídos,
no se olvidan jamás. Rehuyendo el con-
tacto vulgar de las mil pequeñas cosas
que forman el trajín de la existencia
diaria, parecen recogerse silenciosos en
un rincón de la memoria, y allí se que-
dan, allí se están, casi apagados, sin que
nosotros mismos nos demos cuenta que
han formado su nido en lo más hondo
de la entraña... Hasta que, de improvi-
so, surge el momento preciso de la *re-
cordación*, porque acabamos de experi-
mentar una de esas conmociones del alma
que necesitan un lenguaje divino para
expresarse, y prorrumpimos en éxtasis:

Guarda, oh luna, el secreto de mi alma;
cállalo, Ruiseñor!

Dichoso enamorado—poeta que ha sa-
bido perpetuar en un volumen que es
una primavera eterna todo lo bello de
la vida... Y, ni los odios, ni el dolor,—
¿quién deja de sentirlos?—han podido
vulgarizar los sonos de su lira siempre
cuajada de rosas ardientes y de perlas
que son gotas de rocío. Dichoso enamo-
rado—poeta cuyo pecho es un jardín
siempre florido en donde se escucha gor-
gear el ruiseñor en noches blancas de
luna:

La luna tras los montes ascendía,
en la fronda cantaba el ruiseñor.

Al leerlos nos sentimos felices. El en-
sueño agita su varilla mágica. La faz
del mundo que ahora vivimos, cambia de
expresión. Surgen los castillos feudales:

con sus torres y almenas,
sus puentes levadizos,
sus rudos centinelas,
y en la ojival ventana
la cuitada doncella
que confiaba a la noche
su amor y sus tristezas...

Más adelante somos Castellana. Donce-
les son nuestros pajes,

quienes tienen por gaje
la fimbria sostener de nuestro traje
si bajamos al templo en oración.

Y nos dice:

Temeroso de herir vuestro alto orgullo
así fué en sus comienzos mi pasión;
ruego que no alcanzaba a ser murmullo,
o dulcísimo arrullo
que se trocaba en fervida oración.

Luego, entre el rumor lúgubre del
viento que nos llega del cercano campo
santo, percibimos, claro, distinto, el hondo
final de *For ever*:

Allí, solo, mi amada misteriosa,
bajo el sudario inmenso del olvido,
¡cuán corta encontraré la noche eterna
para soñar contigo!

O bien, la última estrofa de *Misterio*:

Sólo al morir revelaré el misterio
que guarda el corazón.

Sólo al morir... cuando en mis labios sea
su dulce nombre mi postrer canción.

Si nos dejáramos llevar por las seduc-
ciones del libro, citando versos y tras-

eleyendo bellezas, la tarea, no obstante con fragancia y suavidad, se haría fatigosa. Que también se encontrará canchero en la cosecha incesante de rosas, lalias, claveles y jazmines en un inmenso jardín primaveral.

En *Vibraciones*, la última composición del libro, se me antoja el poeta fingiéndose a sí mismo una tristeza, un hastío que él no siente, que él no puede sentir, porque no obstante «el tiempo terco» su pecho sigue siendo un jardín siempre florido, donde, bajo el palor de la luna canta el ruiñeñor su eterna canción de amores...

Fabio Fiallo fué el primer bardo que mi alma de niña conoció. Ví su nombre y sus versos cuando aún no sabía sino por un presentimiento vago, impreciso, neblinoso, lo que es un poeta, lo que se siente, lo que se sufre, lo que se goza bajo el ala inquieta de esta sublime Quimera...

Desde entonces siempre que se dice *Fabio Fiallo* mi alma repite como un eco: *Poesía*.

1927.

Martha María Lamarche

Tablero

= 1929 =

Pecados y virtudes

Hay siete pecados capitales que corren desenfadadamente por el mundo arrollándolo todo. Frente a ellos se alzan hieráticas siete virtudes, que vienen a ser siete guardias de la porra.

Pero los siete pecados son más viejos que las siete virtudes, como el primer beso de Adán es más viejo que la hoja de parra. Por viejos, saben más que ellas, y aciertan casi siempre a engañarlas. Se trasfiguran para colarse de matute. La Lujuria se viste de amor; la Gula, de apetito; la Soberbia, de dignidad; la Envidia, de emulación; la Avaricia, de ahorro; la Ira, de heroísmo.

¿Y la Pereza? La Pereza se disfraza de domingo o fiesta de guardar.

Estas son malignas enseñanzas que trae la vida. El Pecado aprende más y más de deprisa que la Virtud porque es activo, mientras que la Virtud es pasiva. El Pecado, ataca; la Virtud se defiende, cuando llega a tanto su virtud.

Mirad qué infame falacia: los siete pecados usan nombre femenino: Avaricia, Gula, Soberbia, Envidia, Lujuria, etc. Pero juntos y fundidos, se llaman Pecado. —¡Pecado!— pudiera decir Shakespeare—. ¡Tienes nombre de varón!

Hoy es 1.º de Mayo. Fiesta religiosa, de religión obrera. Y estoy oyendo la picardía burguesa: —Fiesta de guardar.... Ganas de no ir al tajo. Pereza que se pone un hábito de fraile civil. Pereza, esencia femenina, que se traviste con un nombre masculino: 1.º de Mayo.

No, burgués, no. La Pereza es de todos los pecados la que tiene más vestidos propios de su sexo: se trahea de Pasividad, de Paciencia, de Esperanza. Y mire usted: vestido de Esperanza se puede ir a todas partes.—HELIÓFILO.

(El Sol. Madrid.)

El precio de la vida humana

En los diarios de nuestros países sud-americanos, la muerte ha sentado sus reales. No sólo tranquea en los humildes avisos de defunciones, en las presuntuosas necrologías, en los sucesos policíacos en que por una nada un hombre priva al otro del azul de este mundo, sino que también deja oír el golpe de sus zancas en secciones que se creyeran totalmente ajenas a sus dominios. Hay una epidemia. Hoy, de escarlatina; ayer, de tifus; mañana, de cualquier plaga. La muerte acecha. ¿A quién? A todos; pero son tan pocos los que la sienten si no les asesta el golpe en el corazón de los seres queridos, que los diarios—que marcan a pesar de todo el pulso de la vida nacional—no salen para comentar la epidemia, de la cotidiana ristra de sus adjetivos vulgares.

Es que hay una relación directa entre el aprecio de la vida ajena y el grado de civilización en que se halla un pueblo. El término medio de la vida en Chile se ha calculado en veintisiete años. En los Estados Unidos, en cuarenta y nueve. Seguramente en Suecia, en Noruega, en Dinamarca, en ese archipiélago privilegiado que es la Nueva Zelandia, esa cifra sobrepase los cincuenta. ¿Qué significa esto sino que entre nosotros la mitad de la población fallece prematuramente? Mitad de la población. Dicho así, no impresiona. En esa mitad, sin embargo, están los padres venerados, los hijos que son el orgullo, la esperanza y la razón de ser de las vidas...

Aprecio de la vida ajena. El hombre ha sido lobo para el hombre. Guerras, asesinatos, crímenes de tiranías y de intolerancias ensangrientan la historia. La divina palabra de Nazaret ha dulcificado apenas en veinte siglos la ferocidad del mamífero ensoberbecido. Es que además de la leche de la fraternidad humana, necesitamos un cierto poder de imaginación para ponernos en lugar de otro y comprender los dolores que acarrea la muerte al hogar del prójimo. Y para no ser nosotros mismos los portadores del mal, precisamos, además de compasión y de poder imaginativo, algunos rudimentos de ciencia. El que nada sabe de biología, se ríe de los microbios. Es inútil enseñar profilaxia a un analfabeto. Queda para éstos el recurso de la orden imperativa. Pero a toda esa anchísima porción de las colectividades nuestras: la clase media despreocupada del aseo y de la higiene; a gentes semiletradas—que son la inmensa mayoría—que se permiten sostener una opinión sobre las cosas que menos entienden, que desafían las órdenes de los médicos, que no se avienen a la disciplina que importa la higiene general, ¿cómo se les enseña que para asegurar su salud, es indispensable que cuiden también de la salud de los otros?

Hace falta cultura. Sobre todo, esa que se infiltra por las clases bajas y trata de alcanzar a todos y cada uno de los nacidos en el suelo patrio. Sin esta base de cultura popular no puede edificarse una nación durable. Los hombres de negocios que llevan el timón de la economía, se plañen de que las industrias y las empresas comerciales desfallecen por falta de intensidad de población. Somos éstos, pueblos ralos. Sin riqueza, el progreso se dificulta; las escuelas escasean, los niños han de uncirse al trabajo prematuramente. Se perpetúa la incultura. La mortalidad infantil llega a cifras que son una vergüenza ante la faz del mundo. No nos preocupa. Lo accesorio nos importa más que lo indispensable. Hermoseamos algunas calles céntricas; edificamos palacios suntuosos, rascacielos imponentes. Al lado de ellos, continúa la miseria, el desaseo, la ignorancia, las epidemias, la muerte. No apreciamos la vida ajena. No salimos de esta situación de pueblo semi-civilizado.

Amanda Labarca

Santiago de Chile, Abril de 1929.



El traje hace al caballero
y lo caracteriza
y
La Sastrería

La Colombiana

de Francisco A. Gómez Z.

le hace el vestido

en pagos semanales, mensuales
o al contado.

Hay un inmenso surtido de
casimires ingleses. Operarios
competentes para la confec-
ción de trajes.

Haga una visita y se convencerá

Calle del Tranvía

50 varas al Este de "El Cometa",
frente a Luis Vanni

San José. C. R.—Teléfono 3283